

EN PODER DE LOS HOMBRES-ARANA

Joseph Berna

CIENCIA FICCION



CONQUISTA ESPACIO

EN PODER DE LOS HOMBRES-ARANA

Joseph Berna

CIENCIA FICCION


La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

660— Después del apocalipsis, Kelltom Mclntire.

661— La fortaleza flotante, Joseph Berna.

662— La noche de los mutantes, Curtis Garland.

663— Vendedor de plantas, Clar Carrados.

664— El canje, Ralph Barby.

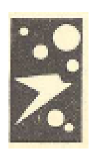
JOSEPH BERNA

EN PODER DE LOS HOMBRES ARAÑA

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

Nº665 Publicación Semanal



EDITORIAL BRUGUERA. S A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 9.422 1983

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: mayo, 1983

2.a edición en América: noviembre, 1983

EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1.983

CAPÍTULO PRIMERO

La Tierra. Año 2060.

Houston, como el resto de las ciudades importantes de Texas, se había convertido en un hormiguero humano.

Esta era la razón de que Brad Stapleton, de treinta y un años de edad, soltero y pintor de profesión, hubiera vendido el apartamento que poseía en Houston y se hubiese comprado una casa en la bahía de Galves ton, a menos de cuarenta metros del mar.

Era un lugar tranquilo, solitario, hermoso, en el que Brad podía trabajar a gusto, sin ruidos, sin interrupciones, sin nada en definitiva que le distrajese y le alterase los nervios.

La paz era absoluta allí y Brad Stapleton no lamentaba en ningún momento haber dejado Houston. Es más, cada día que pasaba se alegraba un poco más de haberse trasladado a la bahía de Galveston, cuyos bellos parajes plasmaba en los lienzos con habilidad y destreza, porque llevaba dándole a los pinceles desde su adolescencia, que fue cuando descubrió su vocación por el arte de la pintura.

Había llovido mucho desde entonces, claro, y Brad

Stapleton se había convertido en un pintor de cierta fama y sus obras se cotizaban muy bien.

Su última exposición, sin ir más lejos, había sido un éxito rotundo, ya que todas las pinturas expuestas se vendieron en un abrir y cerrar de ojos.

Brad Stapleton, lógicamente, se sentía muy satisfecho de la ascendente trayectoria que llevaba su carrera profesional, pero no por eso se dormía en los laureles.

Trabajaba más que nunca y se esforzaba por mejorar, deseoso de alcanzar un mayor prestigio dentro del campo de la pintura. No tenía nada de vanidoso y sabía que aún debía pulir algunos defectos, para consagrarse definitivamente.

Aquella mañana, Brad se había levantado temprano, como de costumbre, había desayunado, había cogido su caballete y su maletín, y había salido en busca de un nuevo paraje.

Lo había encontrado y ya lo estaba plasmando en el lienzo.

La mañana era soleada, luminosa, preciosa de verdad, y Brad estaba pintando con más ganas que nunca. Vestía un pantalón blanco, fresco y ligero, y una vistosa camisa de manga corta, que no se había molestado en abrochar. Calzaba mocasines marrones y se había encasquetado un sombrero de paja, para protegerse la cabeza de los rayos solares.

Brad Stapleton era un tipo alto, ya que medía casi un metro noventa de estatura, y poseía un cuerpo fuerte y atlético, dolado de vigorosos músculos, que él ejercitaba con asiduidad, para no perder la forma física. Tenía el pelo negro y las facciones correctas, resultando en conjunto un hombre apuesto y atractivo, que no tenía problemas a la hora de procurarse compañía femenina, lo cual hacía de vez en cuando, porque no sólo de pinceles vive el pintor...

Sucedía, además, que Brad no sólo pintaba paisajes.

También pintaba retratos.

Y desnudos femeninos.

Las modelos que solían posar para él eran bellísimas y estaban fenomenal de cuerpo.

Y con algunas de ellas, claro, Brad había hecho el amor.

Era normal.

Brad las miraba con ojos de artista mientras pintaba, pero después las miraba con ojos de hombre, y como ellas le miraban desde un principio con ojos de mujer, la unión íntima resultaba poco menos que inevitable.

A media mañana la pintura de Brad Stapleton estaba bastante avanzada, porque el artista no había dejado los pinceles ni un momento, entusiasmado con su trabajo.

El paraje era realmente maravilloso y el cuadro le estaba saliendo bordado, así que no quería detenerse ni siquiera para fumar un cigarrillo.

De pronto el paisaje cambió.

No mucho, pero sí lo suficiente como para que el pintor se interrumpiera y se quedara mirando fijamente a la chica que acababa de surgir por entre los árboles, silenciosa como un puma.

Ella era lo que alteraba el paisaje.

Se había detenido junto a un árbol y miraba a su vez al artista, con una picara sonrisa en los labios.

Era bonita, tenía el pelo rubio y los ojos azulados. Lucía un bikini rojo.

Y una corta bata de baño, transparente, que llevaba abierta.

Brad la observó de arriba abajo, con ojos de artista. Le pareció maravillosa.

Después la observó de abajo arriba, con ojos de hombre.

Le pareció más maravillosa todavía.

Busto, cintura, caderas, piernas...

Todo era perfecto.

Deseable.

Tentador...

Brad, en vez de calcularle las medidas, le calculó la edad.

La chica, desde luego, era muy joven.

No tendría más de veintidós años.

De pronto dejó oír su voz, cálida y dulce.

—¿Interrumpo su trabajo, señor Stapleton...?

—¿Me conoce? —se sorprendió Brad.

—Desde luego.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Iris.

—¿Cómo el arco...?

—Eso es —rió la joven.

—Un nombre muy apropiado, porque es tan hermosa como el arco iris.

—Gracias.

—Acérquese, no tenga miedo.

La muchacha obedeció.

—Mi apellido es Vrady —reveló.

—No me suena.

—Es natural, porque usted no me conoce a mí, señor Stapleton.

—Le ruego que me llame Brad.

—Bien.

—¿De qué me conoce usted Iris?

—Es un pintor famoso, Brad. He visto su fotografía en muchos sitios.

—Entiendo.

—Estuve, además, en su última exposición.

—¿De veras?

—Sí, y adquirí un par de cuadros.

—Caramba, muchas gracias.

—Tenía la esperanza de verle en la exposición, pero me quedé con las ganas. Tuve que tratar con el encargado de la galería.

—Lo siento, pero no suelo dejarme ver por los locales donde expongo mis pinturas.

—¿Por qué?

—Una costumbre.

—Prefiere la soledad, ¿eh?

—Normalmente, sí.

—Entonces, mi aparición debe de haberle molestado bastante.

—No diga eso.

—He roto su soledad. Y he interrumpido su trabajo. —No tiene importancia.

—Es usted muy amable, Brad.

—No habrá venido desde Houston en mi busca, ¿verdad?

—Oh, no, yo vivo muy cerca de aquí.

—¿De veras?

—Sí, he comprado la casa que hay al otro lado de

la colina. Ya no me gusta Houston, hay demasiada gente y demasiado ruido. Prefiero vivir en el campo. Me enteré de que aquí, en la bahía de Galveston, vendían una casa próxima al mar, y me quedé con ella sin dudarlo un segundo.

—¿Sabía que yo vivía en esta parte de la bahía. Iris?

—Sí, estaba enterada.

—No se decidiría por eso, ¿verdad?

—Claro que no. Le admiro mucho, como pintor, pero no estoy loca por usted.

Brad Stapleton rió.

—Ya supongo que no. No lo decía por eso, Iris.

—¿Le alegra o le disgusta que seamos vecinos?

—Lo primero, por supuesto.

—A mí también me alegra. Y prometo no volver a interrumpirle cuando esté trabajando. Si hoy me he atrevido a hacerlo es porque deseaba hacerle saber que somos vecinos. Puede necesitar usted alguna cosa de mí, o yo de usted, y conociéndonos...

—Ha hecho bien, Iris. Y se lo agradezco.

La joven echó una mirada al cuadro que estaba pintando Brad.

—Es fantástico... —murmuró, comparándolo con el paisaje que en él se plasmaba.

—¿Tanto le gusta?

—Es usted genial, Brad.

—Cuando esté terminado se lo llevaré a casa como obsequio.

Iris Vrady dio un fuerte respingo.

—¿Como obsequio, dice...?

—Sí. se lo voy a regalar.

—¿Por qué?

—Para que tenga un recuerdo del día que nos conocimos.

—Pero un cuadro suyo vale...

—No lo diga, que ya lo sé.

—¿Y no espera conseguir nada a cambio?

—Sí, una cosa.

—Ya me extrañaba a mí.

—No sea mal pensada. Iris, que no voy a pedirle que se acueste conmigo.

—¿Seguro que no es eso lo que pretende…?

—Le doy mi palabra.

—¿Qué es lo que va a pedirme, entonces…?

—Que pose para mí.

CAPITULO II

Iris Vrady se quedó con la boca abierta.

—¿Que pose para usted...? —murmuraba, segundos después, dominada todavía por la sorpresa.

—Sí, eso he dicho —sonrió Brad Stapleton, porque le divertía la cara que había puesto la muchacha.

—¿Quiere que haga de modelo...?

—Exacto.

—¿Por qué?

—Posee usted un cuerpo perfecto, Iris. Y su rostro es precioso. Por eso me gustaría plasmarla en mis lienzos.

—¿Y cómo tendría que posar? ¿Desnuda...?

—Sí.

—No creo que me atreva.

—¿Por qué?

—Me pondría muy nerviosa.

—¿No se ha bañado nunca desnuda en una playa o en una piscina...?

—Sí, varias veces.

—¿Entonces...?

Iris Vrady se mordió el labio inferior.

—No es lo mismo, Brad.

—¿Dónde está la diferencia?

—En las playas hay mucha gente. Y son muchas las mujeres que se bañan o toman el sol sin nada. Estar desnuda allí es natural, pero en el estudio de un pintor...

—Más natural todavía.

—Más peligroso, diría yo.

—Muchas modelos han posado para mí, desnudas, y no me he comido a ninguna.

Iris Vrady forzó una sonrisa.

—Ya sé que no, pero...

—No pasará nada, puede estar tranquila. Sólo quiero pintarla Iris. La necesito como modelo, no como mujer.

—Deme tiempo para pensarlo, Brad.

—¿Cuánto?

—No sé.

—Hasta que le lleve el cuadro, ¿de acuerdo?

—¿Cuándo será eso?

—Esta tarde.

—¿Y qué hará si decido no posar para usted, llevarse la pintura?

—No.

—¿Quiere decir que me la regalaré de todas formas...?

—Eso es.

—Me temo que no podré aceptarla, si mi respuesta es negativa.

—Si me rechaza el cuadro soy capaz de rompérselo en la cabeza —advirtió el pintor.

Iris Vrady sonrió.

—Entonces no tendré más remedio que aceptarlo.

—Me temo que sí.

—Gracias, Brad.

—¿Se marcha ya. Iris?

—Sí, no quiero entretenerle más. Especialmente ahora, que sé que el cuadro va a ser para mí.

—Egoísta —dijo Stapleton, en tono de broma.

Iris rió y se alejó.

—Adiós, Brad.

—Hasta la tarde. Iris.

La muchacha desapareció por entre los árboles, sin volverse.

Si lo hubiera hecho habría sorprendido a Brad observándole fijamente lo que ella utilizaba para sentarse, y que el brevísimo pantaloncito del rojo bikini apenas cubría en un diez por ciento.

Brad, desde luego, le contemplaba el trasero con ojos de artista.

Pero sólo al principio.

Después lo contempló con ojos de hombre y le pareció una tentación muy difícil de resistir.

* * *

Aquella tarde, para recibir a Brad Stapleton, Iris Vrady se puso un pantalón brillante, que la ceñía muy sugestivamente, y una holgada blusa, semitransparente, que permitía vislumbrar con un poco de esfuerzo sus erguidos senos.

Era como ir acostumbrándose a que el pintor observase sus más íntimos encantos, pues Iris había decidido ya posar para él desnuda, y que pasara lo que pasase.

Si es que pasaba algo, claro, porque a lo mejor no pasaba nada.

¿A lo mejor…?

Iris no sabía si decir eso o decir a lo peor, porque la verdad es que Brad Stapleton le había gustado una barbaridad en persona, y la posibilidad de caer en sus brazos, de recibir sus besos y sus caricias, y hasta de ser suya, más que un peligro le parecía ahora un premio.

En fin, ya se vería lo que ocurría en el estudio del apuesto pintor.

De momento sólo cabía que esperar su llegada con el hermoso cuadro que había decidido obsequiarle.

Para que la espera no se le hiciera demasiado larga. Iris conectó el televisor, del que sólo se veía la pantalla, de tamaño mural. Lo hizo desde el sofá del salón, utilizando el mando a distancia.

La pantalla se iluminó en seguida, pero no apareció imagen alguna.

Sólo se veía en ella luz.

Una luz extraña.

Potente.

Cegadora…

Iris quedó desconcertada, porque era la primera vez que le ocurría una cosa así.

¿Se habría averiado el televisor…?

Iris probó a cambiar de canal, pero no consiguió que la pantalla le ofreciera imágenes en ninguno de los canales. Sólo aquella luz extraña y silenciosa, que la deslumbraba con su intensidad.

De repente se escuchó un zumbido metálico.

Muy extraño también.

Intermitente.

El zumbido, leve al principio, fue cobrando intensidad, hasta resultar tan molesto para los oídos como la cegadora luz para los ojos.

Iris, harta de la brillante luz y del potente zumbido, optó por apagar el televisor.

No pudo, a pesar de que pulsó repetidas veces el interruptor.

La pantalla seguía encendida.

¿Qué diablos sucedía...?

¿Por qué no se apagaba?

Súbitamente dejó de escucharse el zumbido metálico, desapareció la cegadora luz y la pantalla le ofreció una imagen.

¡Y qué imagen!

Era tan impresionante, que a Iris se le cayó el mando de las manos.

Con ojos dilatados siguió contemplando la increíble imagen que había aparecido en la pantalla de televisión.

Iris no sabía si estaba viendo una araña gigante, con cara de hombre, o un hombre con cuerpo de araña.

Y es que aquel espeluznante ser tenía una cabeza totalmente humana, con un par de ojos normales, la nariz, las orejas, la boca, los dientes...

Lo único que le diferenciaba era que en la frente tenía un par de quelíceros [1] y que su cráneo estaba absolutamente desprovisto de pelo.

Su piel, por otra parte, tenía un tono verdoso y era escamosa, como la de algunos reptiles. Las escamas del cráneo eran un poco más oscuras y brillantes que las del resto del cuerpo.

Un cuerpo idéntico al de las arañas, sólo que mucho más grande, con su abdomen, sus cuatro pares de patas, largas y terroríficas...

Una criatura, en suma, capaz de hacer morir de pánico a cualquiera, porque no podía ser más alucinante y horrorosa. Claro que, para eso, tendría que existir de verdad.

Y no era ése el caso.

Aquella especie de hombre-araña era sólo un ser de ficción, creado para la filmación de alguna película de terror.

Eso era, al menos, lo que pensaba Iris Vrady: que la horripilante imagen formaba parte de alguna secuencia de una película del género de terror que estaban pasando por televisión.

En cualquier caso era para asustarse, porque al hom brearaña estaba tan bien diseñado que parecía un ser real, dispuesto a saltar de un momento a otro de la pantalla mural del televisor y darse un paseo por el salón.

Iris, que lo estaba pasando muy mal contemplando a la espantosa criatura que le ofrecía la pantalla, intentó de nuevo apagar el televisor, pero le ocurrió lo mismo que antes.

El interruptor no cumplía su misión.

Ni siquiera pudo cambiar de canal para contemplar un programa más tranquilo y agradable.

Iris se acordó entonces de la extraña luz y del no menos extraño zumbido, y volvió a pensar que a su televisor le ocurría algo, porque no era normal lo que sucedía.

Por otra parte, la horrible imagen que ofrecía la pantalla no cambiaba. Seguía viéndose en ella al escalofriante hombre-araña, quieto, silencioso.

Parecía, además, que la miraba fijamente a ella.

¡Como si pudiera verla!

Iris se dijo que sólo eran imaginaciones suyas, pero no pudo evitar que un escalofrío le recorriera la espalda.

De pronto creyó oír un leve ruido en la puerta del salón.

Iris miró hacia allí… y la sangre se le heló en las venas.

¡Un ser idéntico al que se veía en la pantalla de televisión estaba entrando en el salón…!

CAPITULO III

Aunque la casa de Iris Vrady estaba a sólo unos cientos de metros de la suya, Brad Stapleton utilizó su propulsor individual para llegar hasta ella.

Esperaba que la muchacha le invitase a cenar y como él pensaba aceptar, volvería de noche a su casa y no era cuestión de ir tropezándose con los árboles por culpa de la oscuridad. Con el propulsor, el regreso se ría rápido y seguro.

Para visitar a Iris, Brad se había puesto un traje de color bronce, de una sola pieza, brillante, ajustado. Las botas, cortas y flexibles, eran plateadas, lo mismo que el cinturón.

Naturalmente, el pintor llevaba el cuadro que aquella mañana decidiera regalarle a Iris Vrady, confiando en que ello le sirviera para convencerla de que posara desnuda para él.

Brad estaba seguro de conseguirlo, aunque se decía que el hecho de que Iris no andara escasa de dinero, sino más bien todo lo contrario, le pondría las cosas un poco más difíciles.

Sus modelos posaban porque vivían de ello, pero Iris tendría que posar sólo por hacerle un favor. Por simpatía o por gratitud hacia él, no por otra cosa.

Ilusionado por lograr que la bella y atractiva Iris fuese su nueva modelo, Brad sobrevoló la colina y se posó frente a la casa de la muchacha.

Tras despojarse del propulsor y con el cuadro bajo el brazo, envuelto en un papel especial, el pintor subió al porche y pulsó el llamador.

Transcurrieron un par de minutos.

Como Iris no acudía a abrir, Brad repitió la llamada.

El resultado fue el mismo.

Brad, extrañado, probó a abrir la puerta.

No estaba el cerrojo echado, así que pudo entrar en la casa.

—¿Iris...? —llamó.

La muchacha no respondió.

Brad, cada vez más extrañado, se adentró en la casa.

—¡Soy Brad Stapleton, Iris! ¿Dónde está usted...?

De nuevo silencio.

El pintor se asomó al salón, que estaba tan silencioso como el resto de la casa, y entonces comprendió por qué Iris Vrady no había acudido a abrir ni había respondido a sus llamadas.

La muchacha yacía en el suelo, junto al sofá, con la cabeza doblada y los ojos cerrados, aparentemente desvanecida, aunque la palidez de su rostro era tan alarmante que también podía estar muerta.

—Dios mío... —exclamó ahogadamente Brad, que se había quedado clavado como un poste.

Al instante, sin embargo, reaccionó y corrió hacia la joven, junto a la cual se dejó caer de rodillas.

—¡Iris! —la llamó, palmeándole las amarmoladas mejillas.

La muchacha no reaccionó.

Tenía el rostro frío.

Helado.

Era como palmear las mejillas de un difunto.

Brad, temiendo que Iris fuera ya un cadáver, le abrió rápidamente la holgada blusa y descubrió totalmente su pecho. Luego pegó su oído justo sobre el seno izquierdo de la joven.

Su pecho, afortunadamente, no estaba tan frío corno su cara.

Conservaba algo de calor.

Y es que el corazón de Iris aún latía.

No estaba muerta.

Sólo había sufrido un desvanecimiento.

Brad se sintió mucho mejor al escuchar los latidos del músculo cardíaco de la muchacha, levantó la cabeza y le cerró la blusa, para que ella, cuando despertara, no pensara que él se había aprovechado de su estado de inconsciencia.

En realidad, apenas se había fijado en su busto, aunque sí había percibido su dureza al pegar su cara a él, para ver si latía su corazón, y su mejilla se vio presionada por el erecto y rosado pezón, que plantaba cara en la misma cima del seno.

En circunstancias normales, Brad no hubiera retirado su rostro de tan tentador lugar sin juguetear antes un poco con los descarados pezones, pero como la situación era tan seria como preocupante, ni siquiera pensó en ello.

En lo único que pensaba era en reanimar a Iris y saber qué le había sucedido. Volvió a palmearle las pálidas mejillas, la cogió por los hombros, la zarandeó.

—Iris…! ¡Despierta, Iris…! ¡Soy Brad Stapleton!

La joven, por fin, abrió los ojos y lo miró.

—Gracias a Dios —dijo el pintor, alegrándose de que la muchacha hubiera vuelto en sí.

—Brad… —musitó ella, medio inconsciente todavía.

Stapleton le acarició suavemente el rostro.

—¿Se encuentra bien, Iris?

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé. La encontré aquí, tirada en el suelo, y me llevé un susto tremendo, pues parecía muerta. Por fortuna sólo estaba desvanecida.

—Desvanecida… —repitió quedamente la joven, mientras se esforzaba por recordar.

—¿Se sintió mal de pronto, Iris? ¿Sufrió algún mareo? ¿La atacó alguien...?

Las últimas palabras del pintor hicieron respingar fuertemente a la muchacha, cuyas facciones se desencajaron al mismo tiempo, expresando un infinito terror.

—¡Brad...! —chilló, irguiendo el torso de pronto y abrazándose con desesperación a él.

Stapleton la estrechó cálidamente, notando que todo el cuerpo de la mujer era un puro temblor.

—Cálmese, iris, y cuénteme lo que ocurrió.

—¡El hombre-araña!

—¿Qué...?

—¡Apareció primero en la pantalla y luego entró aquí, en el salón, moviendo sus horribles patas!

—¿Pantalla...? ¿Patas...?

—¡Sí, la pantalla del televisor!

Brad se fijó en ella.

—Está apagada, Iris.

—¡No, está encendida! ¡No se puede apagar! ¡El telemando no funciona!

—Le repito que está apagada, Iris.

—¿De veras...?

—Compruébelo usted misma.

La joven volvió la cabeza y miró la pantalla mural.

—Es cierto, está apagada... —murmuró—. No se ve la cegadora luz, ni se oye el potente zumbido metálico...

—¿Luz cegadora...? ¿Zumbido potente...? —repitió Brad.

—Sí, ambas cosas precedieron a la aparición del monstruoso ser.

—El hombre-araña, ¿eh?

—Eso es.

—¿Por qué asegura que era un hombre-araña, Iris?

—Tenía cabeza de hombre y cuerpo de araña.

—Y apareció en la pantalla, ¿no?

—Sí.

—Y después se salió de ella y la atacó, ¿verdad?

—No sé si se salió de la pantalla o no. Sólo sé que oí un leve ruido en la puerta, volví la cabeza y vi al hombre-araña entrando en salón.

—¿Y qué le hizo ese espantoso ser?

—Si me hizo algo lo ignoro, porque me desmayé de horror al verlo entrar.

—No tiene heridas, Iris.

—¿No?

—Ni el más ligero rasguño.

—Entonces es que no me hizo nada.

—¿No será que lo soñó todo, Iris...?

—¿Soñarlo...?

—Sí, se quedó dormida en el sofá y tuvo una horrible pesadilla.

—¡Ni hablar!

—Le pasa a mucha gente, Iris. Yo mismo he sufrido pesadillas, alguna que otra vez.

—¡Yo estaba despierta, Brad!

—¿Está segura?

—¡Se lo juro!

—¿Por qué no nos sentamos en el sofá y me lo cuenta todo desde el

principio, Iris?

—¿Y si vuelve el hombre-araña...?

—Le echamos un poco de insecticida y nos lo cargamos.

—¿Insecticida...? —parpadeó la joven.

—Sí.eso mata en seguida a las arañas.

—¡No a las gigantes!

—También, se lo aseguro.

—¡Además, ésa tenía cara de hombre!

—Entonces le daré un par de bofetadas, para que no vuelva a disfrazarse de araña.

—¿Disfrazarse...? —pestañeó de nuevo Iris.

—Sí, seguro que era un disfraz.

Iris Vrady apretó los labios.

—Me parece, que me está tomando usted el pelo, Brad.

—Oh, no, en absoluto —tosió el pintor.

—Se lo está tomando todo a broma.

—Le repito que no, Iris.

—No me gusta que se rían de mí, ¿sabe?

—Por favor, que yo no me he reído en ningún momento.

—Pero creo que tienes ganas de hacerlo.

Stapleton carraspeó y se puso en píe, ayudando a la muchacha a incorporarse.

—Sentémonos, Iris, y reláteme lo sucedido con todo detalle, ¿quiere?

—Está bien —gruñó la joven.

Se sentaron los dos en el sofá e Iris empezó a contarle al pintor lo que le había pasado, sin perder de vista la puerta, por si el terrorífico



hombre-araña aparecía de nuevo.

CAPITULO IV

Iris Vrady había concluido ya su relato, pero el monstruoso hombre-araña no había aparecido de nuevo, ni en la puerta del salón ni en la pantalla de televisión.

La muchacha no sabía si alegrarse o lamentarlo, porque leía en los ojos de Brad Stapleton que éste no la creía, lo cual le disgustaba profundamente.

Ella estaba segura de que no había sido un sueño.

Sabía que todo había sucedido de verdad, que no había podido quedarse dormida. Y menos estando como estaba esperando la llegada del famoso y atractivo pintor.

¡Ni que corriera gaseosa por sus venas, en vez de sangre!

—Bien, ya se lo he contado todo, Brad —rezongó, ceñuda—. ¿Qué tiene que decir?

—Pues que lo primero que voy a hacer es comprobar si su televisor funciona bien o está averiado —respondió el artista, recogiendo el telemando del suelo.

Pulsó el interruptor y la pantalla se encendió al instante, ofreciendo el programa que en aquellos momentos se emitía en aquel canal. Un programa normal, sin seres monstruosos y horripilantes, tranquilo, ameno, divertido.

—Parece que no hay problemas con el interruptor —dijo Brad—.

Veamos si cambian los canales con normalidad.

Uno por uno, el pintor fue solicitando imágenes de todos los canales y el televisor respondió debidamente, sin un solo fallo.

Después, Brad pulsó de nuevo el interruptor y la pantalla se apagó.

Miró a la muchacha.

—El televisor funciona normalmente, Iris.

—¡Será ahora, porque antes no funcionaba nada! —replicó ella, enrabietada.

—Es muy raro, ¿no le parece?

— ¡Todo lo raro que usted quiera, pero es la verdad!

—Está bien, no se excite. Encontraremos una explicación lógica.

—Usted ya la tiene, Brad.

—Bueno, yo…

—Está seguro de que me quedé dormida y lo soñé todo.

—Es una posibilidad, desde luego.

—¡No lo soñé, Brad!

—¿Cómo lo sabe?

—¡Si me hubiera quedado dormida me habría encontrado usted echada en el sofá, no tirada en el suelo!

—Quizá se cayó, al agitarse en sueños. Yacía aquí mismo, delante del sofá —recordó el pintor.

—¡Me caí cuando me desmayé! ¡No estaba dormida, sino desvanecida! ¡Usted mismo lo reconoció, cuando abrí los ojos y le pregunté qué había pasado!

—Bueno, es verdad que me costó un poco despertarla —admitió Stapleton—. Pero tal vez se debió a que se propinó un golpe en la cabeza, al caerse del sofá.

Iris se exploró el cráneo.

—No tengo ningún chichón, puede usted comprobarlo.

—No es necesario.

Iris lo miró fijamente.

—¿Por qué no quiere creer que todo sucedió realmente, Brad?

—Es demasiado fantástico. Iris. Que viera un hombre-araña en la pantalla de su televisor, cabe dentro de lo posible, porque podía tratarse de una secuencia de alguna película de terror. Pero que luego viera entrar a ese horroroso ser en el salón...

—Entró, se lo juro.

—¿Y por qué no le hizo nada?

—¿Cómo quiere que lo sepa si me desvanecí antes de que me alcanzara?

—¿Por qué no admite que pudo imaginarlo, Iris?

—¿Imaginarlo...?

—Le impresionó tanto la secuencia de la película de terror que estaban proyectando en ese canal, que su mente le jugó una mala pasada y le hizo ver que esa horrible criatura entraba por la puerta del salón, provocando su desvanecimiento.

Iris Vrady movió la cabeza.

—No creo que fuera fruto de mi imaginación, pero como no puedo demostrarlo, dejémoslo estar y hablemos de otra cosa.

—Sí, es mejor que lo olvidemos —estuvo de acuerdo el pintor.

—Me ha traído el cuadro, ¿eh?

—¿Quiere verlo?

—Sí.

Brad Stapleton lo cogió, lo desenvolvió y se lo mostró.

—¿Le gusta Iris?

—Es extraordinario, Brad.

—Es suyo, ya lo sabe.

—Aunque no pose para usted, ¿eh?

—Sí.

—Lo acepto, porque no quiero que me lo rompa en la cabeza —sonrió la muchacha.

En la expresión de Brad Stapleton hubo un asomo de desilusión.

—¿Quiere decir que no posará para mí…?

—Sí que lo haré, tranquilícese.

La expresión del pintor cambió totalmente.

—¿De veras…?

—Sí, lo decidí poco antes de que usted llegara.

—Qué alegría me da.

—Quizá no sea una buena modelo, se lo advierto. Eso de estarse tanto tiempo quieta, sin mover un sólo músculo…

—Cuando se canse, descansaremos, no se preocupe.

—Eso me tranquiliza un poco.

—¿Cuánto me cobrará?

—Nada.

—¿En serio?

—Por dinero no posaría jamás desnuda, Brad. Si voy a hacerlo es porque siento una gran admiración por usted y no quiero negarle el favor que me pidió. Además, me ha regalado uno de sus cuadros. Y yo sé lo que valen, porque compré dos, como ya le dije. Me considero suficientemente recompensada con eso.

El pintor le cogió una mano y se la oprimió cálidamente.

—Es usted una gran chica Iris.

—Se queda a cenar, ¿verdad?

—Si me invita…

—Naturalmente que sí —respondió Iris, con una en cantadora sonrisa.

Habían cenado ya, en el comedor, y habían vuelto al salón para tomar café y beber una copa de licor, lo cual estaban haciendo ya, mientras conversaban animadamente.

Los dos parecían haberse olvidado del alucinante hombre-araña, pero Brad Stapleton adivinaba que Iris Vrady seguía hondamente preocupada por lo que le había sucedido aquella tarde, sólo que se esforzaba por disimularlo.

El pintor, con el único propósito de evitarle una mala noche a su nueva modelo, dijo:

—¿Puedo sugerirle algo, Iris?

—¿El qué?

—Puesto que mañana tiene que empezar a posar para mí, y yo suelo a ponerme a trabajar temprano, creo que debería venirse ahora conmigo y dormir en mi casa.

—¿Teme que se me peguen las sábanas…?

—Sí.

—Embustero.

—¿Por qué me llama embustero?

—Porque lo que realmente teme es que yo no pueda pegar ojo en toda la noche, pensando en el hombre-araña.

Stapleton sonrió.

—Lo ha adivinado, Iris.

—Agradezco mucho su sugerencia, Brad. Y sin dudarlo un segundo le respondo que sí. En realidad, pensaba pedirle que pasara la noche en mi casa, porque me aterraba la idea de quedarme sola.

—Puedo quedarme, si prefiere dormir en su casa.

—No, dormiré en la suya.

—Muy bien.

—Tiene una cama para mí, ¿verdad?

—La mía.

—¿Eh...? —respingó la joven.

Stapleton rió.

—No se alarme, que no pienso pedirle que la compartamos. Yo dormiré en el canapé que tengo en mi estudio.

—No es justo que le robe su cama, Brad. Seré yo la que duerma en el canapé.

—Se sentirá más cómoda en mi dormitorio, Iris. Y allí dormirá, no discuta. Negarse a descansar en mi cama es ofenderme, porque yo se la ofrezco desinteresadamente.

—Estoy segura de eso último, Brad, así que acepto su amable ofrecimiento y le doy las gracias por ser tan caballeroso conmigo.

—Usted se lo merece, Iris.

—Bien, podemos irnos cuando guste.

—Por mí, ahora mismo. Tomaremos otra copa en mi casa y luego nos iremos a dormir, que mañana hay que madrugar.

—Vámonos, pues.

Se pusieron los dos en pie, abandonaron el salón y salieron de la casa, quedándose clavados en el porche, porque allí afuera había ocurrido algo muy serio.

El propulsor individual de Brad Stapleton estaba destrozado.

Alguien lo había hecho pedazos.

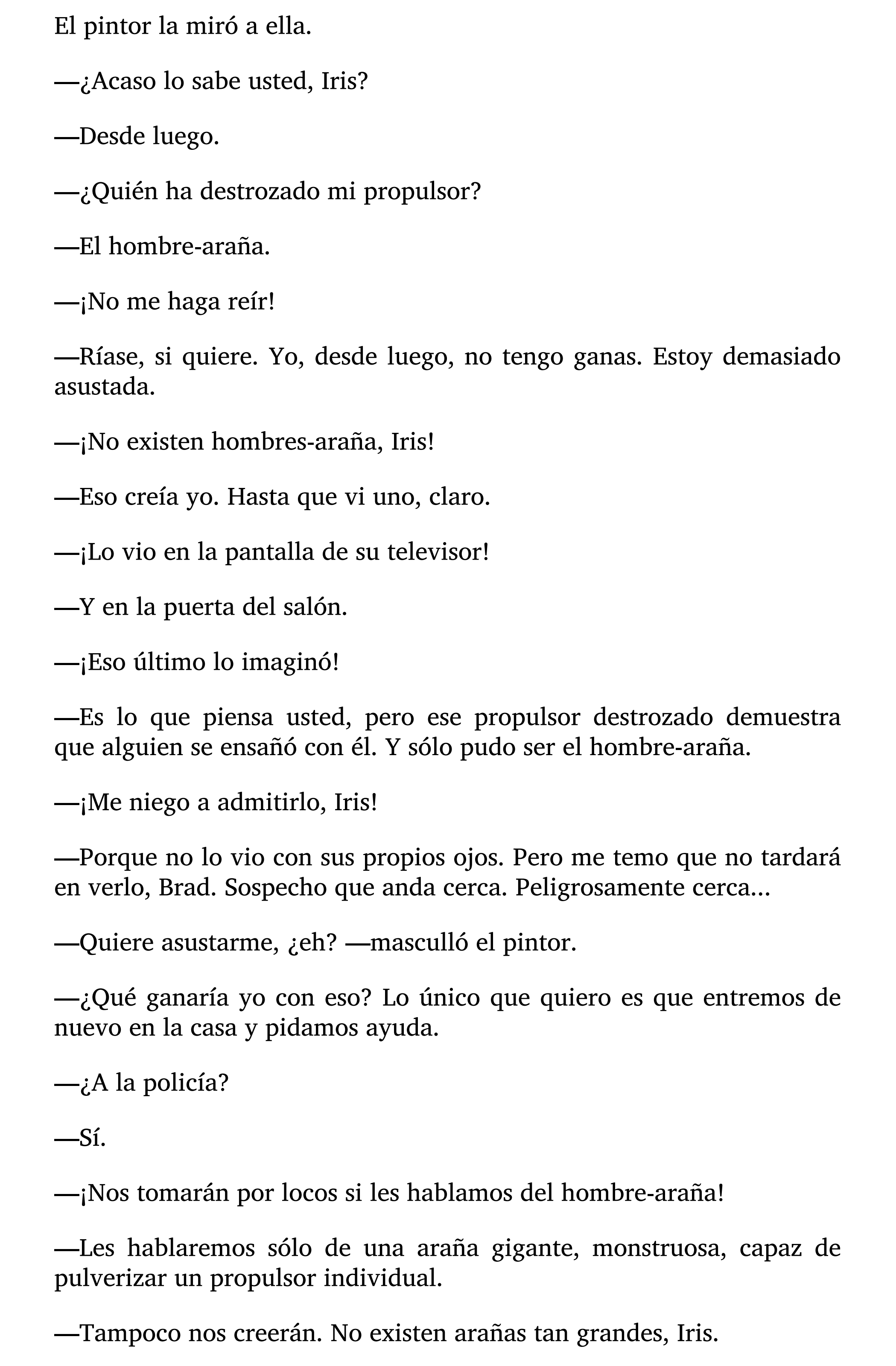
Iris Vrady, naturalmente, pensó de inmediato en el horripilante hombre-araña.

CAPITULO V

Brad Stapleton, perplejo todavía, murmuró:

—¿Quién diablos ha podido...?

—¿De veras no se lo imagina, Brad? —preguntó Iris Vrady, con un hilo de voz, mientras miraba nerviosamente hacia todos los lados.



El pintor la miró a ella.

—¿Acaso lo sabe usted, Iris?

—Desde luego.

—¿Quién ha destrozado mi propulsor?

—El hombre-araña.

—¡No me haga reír!

—Ríase, si quiere. Yo, desde luego, no tengo ganas. Estoy demasiado asustada.

—¡No existen hombres-araña, Iris!

—Eso creía yo. Hasta que vi uno, claro.

—¡Lo vio en la pantalla de su televisor!

—Y en la puerta del salón.

—¡Eso último lo imaginó!

—Es lo que piensa usted, pero ese propulsor destrozado demuestra que alguien se ensañó con él. Y sólo pudo ser el hombre-araña.

—¡Me niego a admitirlo, Iris!

—Porque no lo vio con sus propios ojos. Pero me temo que no tardará en verlo, Brad. Sospecho que anda cerca. Peligrosamente cerca...

—Quiere asustarme, ¿eh? —masculló el pintor.

—¿Qué ganaría yo con eso? Lo único que quiero es que entremos de nuevo en la casa y pidamos ayuda.

—¿A la policía?

—Sí.

—¡Nos tomarán por locos si les hablamos del hombre-araña!

—Les hablaremos sólo de una araña gigante, monstruosa, capaz de pulverizar un propulsor individual.

—Tampoco nos creerán. No existen arañas tan grandes, Iris.

—A mí no me lo discuta, porque he visto una. Y con cabeza humana, además.

Stapleton se disponía a rechazar de nuevo la afirmación de su nueva modelo, cuando vio aparecer algo por entre los árboles.

Algo gigantesco.

Horrible.

Estremecedor.

Iris también lo vio y sintió que la sangre se le helaba nuevamente en las venas.

—¡El hombre-araña…! —chilló, agarrándose fuertemente al pintor.

Brad Stapleton no podía dar crédito a sus ojos.

A sus espantados ojos, porque la aparición del espeluznante ser le había obligado a dilatarlos al máximo.

Era tal y como se lo describiera Iris Vrady.

Un hombre-araña.

Cabeza humana y cuerpo de arácnido.

Movía sus cuatro pares de largas patas silenciosamente, pero con ligereza, lo que le permitía avanzar con rapidez.

Y venía directo hacia la casa.

También movía sus ganchudos quelíceros, seguramente venenosos.

Por fortuna, Iris Vrady no se desmayó esta vez y empujó a Brad Stapleton hacia la puerta de la casa, gritando:

—¡Entremos, Brad!

El pintor se dejó meter de nuevo en la casa, aturdido por la increíble aparición del hombre-araña.

Iris cerró la puerta rápidamente y echó el cerrojo.

—Era cierto… —musitó Stapleton, que no conseguía reaccionar.

—¡Se lo dije, Brad! ¡Le aseguré que no lo había soñado ni imaginado!

¡El hombre-araña existe!

—Sí…

—¡Tenemos que pedir ayuda, Brad! ¡Ese espantoso ser puede colarse en la casa por alguna de las ventanas!

¡Tiene patas y podrá trepar por las paredes con suma facilidad!

—¿Tiene algún tipo de arma en la casa, Iris?

—¿Arma?

—Sí, algo que nos sirva para defendernos de ese increíble ser, si somos atacados por él.

La muchacha se mordió los labios.

—Me temo que no, Brad.

—Vayamos al salón. Junto a la chimenea vi un atizador. No es mucho, pero…

—¡Corramos!

Brad e Iris alcanzaron el salón.

El pintor empuñó decididamente el atizador del fuego e indicó:

—Llame a policía, Iris.

La joven se precipitó sobre el videófono, pero no pudo efectuar la llamada.

—¡La pantalla no se enciende, Brad!

—¿Qué?

—¡El videófono no funciona!

Stapleton dio un par de largas zancadas y se situó junto a la aterrada muchacha.

—Déjeme a mí.

Comprobó que Iris tenía razón.

El aparato no funcionaba.

—Está averiado, ¿verdad? —dijo la joven.

—Inutilizado, diría yo —rezongó Brad.

—¿Inutilizado...?

—Sí, no quieren que pidamos ayuda.

—¿Quién no quiere que pidamos ayuda, Brad...? —Los hombres-araña, naturalmente.

Iris se estremeció.

—¿Piensa que hay varios...?

—Seguro.

—Pero...

—No son seres de este mundo, Iris. Esas horribles criaturas no pertenecen a la Tierra. Han llegado de otro planeta, Dios sabe cómo, cuándo y en qué. Probablemente en alguna extraña nave, porque son seres inteligentes. Lo demostraron bloqueando su televisor y lo han vuelto a demostrar inutilizando su videófono, para que no podamos informar a nadie de su presencia en nuestro mundo.

—Bloqueando mi televisor... —repitió quedamente la muchacha.

—Sí, lo utilizaron como telecomunicador, seguramente desde su nave. Interceptaron las ondas, se adueñaron del aparato, y mandaron la imagen de uno de ellos. Una imagen que a su vez podía ver lo que había en este salón. Por eso usted tenía la sensación de que el hombre-araña que veía en la pantalla la miraba. Así era, realmente. La estaba observando, Iris.

—¿Y el que entró en el salón...?

—Era otro ser, no el que usted veía en la pantalla.

—¡El que vimos afuera!

—Probablemente. Aunque no creo que esté solo. Tiene que haber más.

—¿Y qué es lo que quieren, Brad...?

—Ojalá lo supiera.

—¡Atraparnos y llevarnos a su nave, tal vez!

—Es posible.

—¡Qué horror!

—Todavía no nos tienen, Iris.

—¡No podrá hacer mucho con ese atizador, Brad!

—No pierda la esperanza. Y recuerde que en este salón entró uno de esos seres, que usted se desvaneció de terror, y que él no le causó ningún daño. Y tampoco se la llevaron a su nave.

—¡Porque usted llegó en ese momento, Brad! ¡Los hombres-araña le descubrieron y se esfumaron!

—Quizá.

—¿Por qué no intentamos huir por una ventana, Brad?

—Era lo que estaba pensando, pero no sé dónde correremos mayor peligro, si dentro de la casa o fuera de ella.

—¡Aquí estamos atrapados! ¡No podemos pedir ayuda, porque esos seres han inutilizado mi videófono, y ellos conseguirán entrar en la casa, estoy segura!

—Está bien, vamos. Intentaremos escapar por la parte de atrás.

Corrieron los dos hacia la puerta, pero antes de que pudieran alcanzarla, un hombre-araña bloqueó la salida.

—¡Brad...! —chilló iris, frenándose en seco.

El pintor se frenó también.

—¡Atrás, Iris! —ordenó, empujándola con el brazo.

La muchacha retrocedió, pálida como una muerta.

Le temblaban los labios, le castañeaban los dientes, le flaqueaban las rodillas...

Iris estaba otra vez al borde del desvanecimiento, pero hizo un esfuerzo por mantenerse consciente y ver lo que podía hacer Brad con el atizador del fuego.

El pintor ya lo tenía en alto.

El hombre-araña, por el momento, se había detenido en el umbral del salón y observaba con fijeza a la pareja de terrestres, mientras hacia vibrar sus peligrosos quelíceros.

Era lo que más temía Brad.

Sabía que podían causarle la muerte, si se veía aguijoneado por ellos. Pero, aún así, estaba dispuesto a golpear a la escalofriante criatura con el atizador, si era atacado por ella.

El hombre-araña parecía dudar entre lanzarse hacia adelante o continuar quieto en la puerta, cortándoles la salida.

Finalmente, optó por lo primero.

Iris lo vio avanzar resueltamente hacia Brad, agitando sus ganchudos quelíceros, y no pudo reprimir un agudo chillido de terror.

CAPITULO VI

Brad Stapleton, que no tenía nada de cobarde, esperó al hombre-araña y, sin perder de vista los movimientos de sus quelíceros, descargó el atizador y se lo incrustó en su humana cabeza, causándole una herida de la que inmediatamente fluyó un líquido verdoso y espeso.

El pintor, apenas asestar el golpe, dio un gran salto hacia atrás, para no quedar al alcance de las peligrosas antenas de aquel ser de otro mundo.

El hombre-araña había lanzado un poderoso rugido de animal al recibir el terrible golpe. Por un momento pareció que quedaba fuera de combate, ya que encogió sus largas patas y se convirtió en una bola que se agitaba, estremecida de dolor.

Pero la horrible criatura no estaba ni mucho menos vencida, aunque diera esa impresión. Sólo estaba herida, y no de muerte, por lo que tuvo fuerzas suficientes para desplegar sus patas con brusquedad y dar un increíble salto hacia el terrestre.

—¡Cuidado...! —chilló Iris Vrady, pensando que el

pintor iba a quedar atrapado entre las poderosas patas del hombre-araña.

Por fortuna, Brad Stapleton era un tipo ágil de reflejos y de cuerpo, y saltó a tiempo, evitando que el ser de otro mundo hiciera presa en él.

Antes de que el hombre-araña saltara de nuevo, Brad volvió a descargar el atizador sobre él, alcanzándole esta vez en lo que parecía la nuca.

El golpe, tan duro como el anterior, arrancó un nuevo rugido de fiera salvaje al extraterrestre, que esta vez sí pareció quedar de verdad sin fuerzas para seguir luchando.

Había encogido nuevamente sus ocho patas y la herida que el atizador había causado en su nuca despedía también aquel líquido verde y glutinoso, que por cierto despedía un hedor que abofeteaba el rostro.

Brad Stapleton, sin embargo, no se confió y le propinó un tercer golpe, en la cabeza, para dejarlo definitivamente fuera de combate.

Lo consiguió.

El hombre-araña quedó inmóvil, con los ojos cerrados, la boca entreabierta, mostrando su verdosa lengua.

Brad se apartó de él y ofreció su mano izquierda a Iris Vrady.

—Salgamos de aquí, Iris, rápido.

—¡Sí! —respondió la joven, agarrándose de su mano.

Rodearon al hombre-araña y abandonaron el salón, dirigiéndose a la parte posterior de la casa, para ver si podían escapar por una ventana.

Había una abierta.

—El extraterrestre debió penetrar en la casa por aquí —dedujo el pintor.

—Eche una mirada antes de salir, Brad —aconsejó Iris.

Stapleton se asomó cautelosamente.

—¿Ve algo...? —preguntó la joven, en voz baja.

—No.

—Salgamos, pues.

—Saltaré yo primero y la ayudaré a bajar.

—Gracias.

Brad se subió a la ventana y saltó al suelo silenciosamente.

—Vamos, Iris —dijo, alzando los brazos hacia ella.

La muchacha pasó las piernas por la ventana, quedando por un momento sentada en ella. Después, se dejó caer, segura de que los fuertes brazos del pintor iban a sostenerla.

En efecto, así fue.

Luego, Brad la dejó en el suelo.

Todavía no habían dado un solo paso ninguno de los dos, cuando un par de hombres-araña surgieron de pronto, moviendo velozmente sus

patas.

Evidentemente, trataban de impedir la huida de la pareja de terrestres.

—¡Mire, Brad! —gritó Iris, sintiendo un frío intenso por todo el cuerpo.

Stapleton, que también había descubierto a los dos hombres-araña, dudó entre volver a entrar en la casa o echar a correr a toda prisa. En la casa, desde luego, no estarían seguros. Tendrían que hacer frente a aquellos peligrosos seres llegados de algún planeta lejano.

Y tendrían que hacerlo con un vulgar atizador.

Imposible derrotarlos a todos con un arma tan ridicula, aunque Brad, con ella, hubiera vencido ya a uno de aquellos seres.

Era mejor intentar huir.

No sería fácil, porque los hombres-araña corrían con mucha rapidez, pero era de noche y eso les ayudaría a burlarlos.

Brad agarró de la mano a Iris, muy fuerte, y tiró de ella, diciendo:

—¡A correr tocan, preciosa!

* * *

Los hombres-araña venían uno por la derecha y el otro por la izquierda, formando una punta de flecha, cuyo vértice hubieran sido Brad Stapleton e Iris Vrady de haberse quedado quietos al pie de la ventana por la que habían salido de la casa.

Brad quería pasar por en medio de ellos, y en esa dirección corrió, haciendo volar literalmente a Iris.

Los hombres-araña, lógicamente, se cerraron para cortar el paso a la pareja de terrestres, pero no lo consiguieron, si bien faltó muy poco para que sus patas anteriores hicieran presa en las piernas del pintor y su nueva modelo.

Tan poco faltó, que Iris dio un chillido de pánico al verse tan cerca de los monstruosos seres, prácticamente atrapada. De haber corrido

sola, seguro que los hombres-araña la hubiesen capturado, pero como Brad la hacía correr como no había corrido en su vida, los alienigenas no llegaron a tiempo.

El pintor siguió corriendo como una flecha y su vecina no tuvo más remedio que imitarle, alcanzando ambos los árboles que circundaban la casa.

Los dos hombres-araña se lanzaron en su persecución, rabiosos por haberse visto burlados.

Brad, más que a ellos, temía la aparición de más hombres-araña cortándoles el paso, porque entonces sí que lo tendrían francamente difícil.

De momento, sin embargo, ninguno de aquellos seres les cortó la huida. Huida que, lógicamente, habían emprendido en dirección a la casa del pintor.

En ella, Brad tenía una moderna escopeta de caza, que podía lanzar un montón de balas seguidas. Y tenía, también, una pistola de rayos paralizantes.

Con cualquiera de ambas armas, el pintor podría hacer frente a los hombres-araña con muchas más probabilidades de vencerlos. Faltaba, claro, que pudieran alcanzar la casa.

Sólo eran unos cientos de metros, pero...

Iris corría ya con la lengua fuera.

Le faltaba el aire.

Y le fallaban las fuerzas.

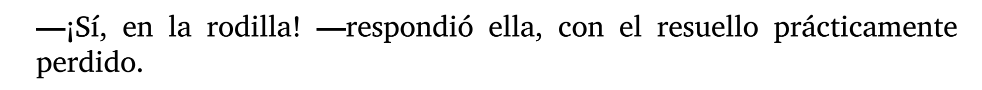
La vertiginosa carrera la había agotado, y corría el peligro de caerse de un momento a otro.

Una rama baja, en la que se enganchó su pie derecho, la ayudó a derrumbarse.

—¡Brad...! —gritó, mientras caía.

El pintor frenó su carrera y se apresuró a levantarla del suelo.

—¿Se ha hecho daño, Iris? —preguntó, jadeante.



—¡Sí, en la rodilla! —respondió ella, con el resuello prácticamente perdido.

—¿Podrá seguir corriendo?

—¡Me temo que no!

—Yo la llevaré —dijo Stapleton, y la cogió en brazos.

Después, reanudó la carrera.

Tenían que llegar a su casa.

Y no iba a ser fácil, porque los hombres-araña venían pisándoles literalmente los talones.

De momento, sin embargo, ninguno de aquellos seres les cortó la huida. Huida que, lógicamente, habían emprendido en dirección a la casa del pintor.

En ella, Brad tenía una moderna escopeta de caza, que podía lanzar un montón de balas seguidas. Y tenía, también, una pistola de rayos paralizantes.

Con cualquiera de ambas armas, el pintor podría hacer frente a los hombres-araña con muchas más probabilidades de vencerlos. Faltaba, claro, que pudieran alcanzar la casa.

Sólo eran unos cientos de metros, pero...

Iris corría ya con la lengua fuera.

Le faltaba el aire.

Y le fallaban las fuerzas.

La vertiginosa carrera la había agotado, y corría el peligro de caerse de un momento a otro.

Una rama baja, en la que se enganchó su pie derecho, la ayudó a derrumbarse.

—¡Brad...! —gritó, mientras caía.

El pintor frenó su carrera y se apresuró a levantarla del suelo.

—¿Se ha hecho daño, Iris? —preguntó, jadeante.

CAPITULO VII

Brad Stapleton habría corrido ya unos cien metros con Iris Vrady en brazos, cuando ésta dijo:

—Déjeme en el suelo si no puede conmigo, Brad.

—¿Quién ha dicho que no puedo?

—Correr con alguien en brazos, resulta agotador.

—Usted es un peso mosca, Iris.

—¿Quiere decir que estoy demasiado flaca?

—Si pensara eso, no le habría pedido que posara para mí. Me gusta pintar mujeres, no sardinas.

Iris emitió una risita.

—Las sardinas también le saldrían muy bien, estoy segura.

—Usted me saldrá mejor.

—Suponiendo que los hombres-araña le dejen pintarme, claro, porque si nos atrapan...

—No nos atraparán, si conseguimos llegar a mi casa. Allí tengo armas y podremos defendernos de esos malditos seres. También podremos pedir ayuda.

—Si no inutilizan también su videófono, Brad.

—Esperemos que no.

—Vamos, déjeme en el suelo. Ya ha corrido demasiados metros cargado conmigo.

—Usted no puede correr, Iris. Se lastimó la rodilla en la caída.

—Estaba más cansada que otra cosa, pero ya he recuperado el aliento y creo que podré correr la distancia que nos separa de su casa, que ya no es mucha.

—Está bien, inténtelo —respondió el pintor, y la dejó en el suelo.

Iris sintió un pinchazo en la rodilla derecha, pero contuvo el grito de dolor y se cogió de la mano del artista.

—Continuemos, Brad.

—¿Está segura de poder?

—Sí.

—Es una chica valiente —sonrió Stapleton, y le dio un beso en los labios.

Iris, que no se lo esperaba, preguntó:

—¿Por qué me ha besado, Brad?

—Por eso, por ser una chica valiente.

—Lo que se pierden las chicas cobardes...

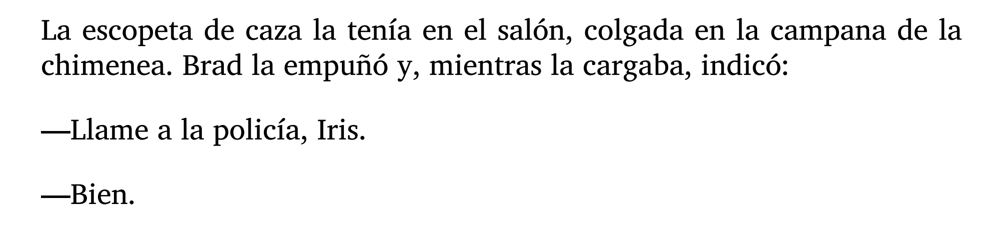
El pintor rió y tiró de ella.

—¡Vamos, Iris!

Echaron a correr los dos por entre los árboles.

Iris notaba la rodilla derecha hinchada y débil, pero apretó los dientes y resistió el dolor que sentía en ella.

Poco después, alcanzaban la casa de Brad sin haber visto un solo hombre-araña más. Entraron rápidamente en ella y el pintor echó el cerrojo.


La escopeta de caza la tenía en el salón, colgada en la campana de la chimenea. Brad la empuñó y, mientras la cargaba, indicó:

—Llame a la policía, Iris.

—Bien.

La muchacha se acercó al videófono, temiendo que los hombres-araña lo hubieran inutilizado también. De ahí su alegría cuando vio que la pantalla se encendía.

—¡Funciona, Brad!

—Bravo. Marque el número de la policía de Houston, rápido.

Iris lo hizo.

Después, aguardó con impaciencia a que el rostro de un policía apareciera en la pantalla del videófono.

De pronto, la joven dio un salto hacia atrás, al tiempo que lanzaba un chillido de terror.

—¡Brad...!

El pintor se alarmó.

—¿Qué sucede. Iris...?

—¡Ha aparecido un hombre-araña en la pantalla!

* * *

Brad Stapleton corrió hacia el videófono con la escopeta en las manos, bien cargada ya, y comprobó que era cierto.

No había respondido un policía de Houston a la llamada de Iris Vrady, sino uno de aquellos horribles seres de cabeza humana y cuerpo de arácnido.

—Malditos... —rezongó el pintor, con ganas de pulverizar el videófono con un disparo de escopeta.

—Han interceptado la llamada, ¿verdad? —murmuró Iris.

—Sí.

—Entonces, tampoco podemos pedir ayuda desde aquí.

—No.

—¡Esos seres están dispuestos a atraparnos, Brad!

—Sí, no nos dan cuartel. Pero ahora tengo una escopeta en mis manos, Iris. Hombre-araña que aparezca, será hombre-araña muerto. Esto no es un simple atizador del fuego.

—¿No tiene un arma para mí, Brad?

—Sí, una pistola de rayos paralizantes.

—¿Dónde está?

—Arriba, en mi dormitorio.

—¡Vamos por ella!

Dejaron el salón y subieron al piso alto, en donde, además del dormitorio, se hallaba también el estudio del pintor.

Brad abrió la puerta de su dormitorio, pero no llegó a entrar en él, como tampoco Iris, porque allí había un hombre-araña.

Acababa de colarse por la ventana.

Iris chilló al verlo y retrocedió instintivamente.

Brad, mucho más sereno, se echó velozmente la escopeta a la cara y disparó sobre el espeluznante ser, que ya avanzaba hacia ellos con muy malas intenciones.

El disparo, muy certero, destrozó la verdosa cabeza del hombre-araña, que murió en el acto. Sólo tuvo tiempo de encoger sus largas patas y apretarse el abdomen con ellas, quedando hecho una bola.

Brad entró en la habitación y corrió hacia la ventana.

Se asomó con cautela y echó una mirada, asegurándose de que ningún otro hombre-araña estaba trepando por la pared. Después, cerró la ventana y se volvió.

Iris había entrado también en la habitación y mira

ba el cuerpo sin vida de! ser abatido por el pintor, si acercarse a él, como si temiera que aún pudiera atacarla.

Brad abrió el cajón de su mesilla de noche y extrajo la pistola de rayos paralizantes que guardaba allí, entregándosela a la muchacha.

—¿Sabe cómo funciona, Iris?

—Sí, he visto algunas como ésta.

—Bien. Ahora, pasemos a mi estudio.

—¿Va a empezar a pintarme? —bromeó la joven.

Stapleton sonrió.

—Ya me gustaría, ya.

—¿Qué vamos a hacer en su estudio, pues?

—Echar un vistazo, solamente. Quiero asegurarme de que no hay ningún hombre-araña en él. Y de que la ventana está bien cerrada.

—De acuerdo, vamos.

Salieron del dormitorio con precaución, pues sabían que en cualquier momento podían ser atacados por los hombres-araña, y se trasladaron al estudio del pintor

No había ningún extraterrestre en él, pero la amplia ventana estaba entreabierta. Antes de cerrarla, Brad echó una mirada fuera, lo cual estuvo a punto de costarle muy caro, porque uno de aquellos monstruosos seres había trepado por la pared y estaba muy cerca ya de la abierta ventana.

El pintor dio un ágil salto hacia atrás, única manera de esquivar los temibles quelíceros del hombre-araña, quien inmediatamente ganó la ventana.

Sin embargo, no pudo colarse en el estudio.

Una bala se lo impidió.

Con la cabeza reventada, el ser de otro mundo se precipitó en el vacío, estrellándose contra el suelo.

Iris había gritado, naturalmente.

No podía evitarlo, cada vez que aparecía un hombre-araña.

Brad regresó junto a la ventana y la cerró.

Después, caminó hacia la puerta.

—Vámonos, Iris.

—Nos tienen cercados, ¿verdad, Brad?

—Eso parece.

—¿Cuántos serán?

—No lo sé.

—Usted ya ha matado a dos.

—A tres, porque creo que también me cargué al que golpeé con el atizador.

—Si nos atrapan, no nos lo perdonarán.

—Ahora estamos armados, Iris. No les será fácil capturarnos.

—Yo casi prefiero la muerte a caer en manos de esos horribles seres, Brad.

—No debemos pensar en la muerte, sino en vivir. Y por ello lucharemos.

Iris lo miró a los ojos.

—Es usted un hombre valiente, Brad —dijo, y le dio un cálido beso en los labios.

Stapleton se quedó mirándola.

—¿Por qué me ha besado, Iris?

—Por eso, por ser un hombre valiente.

—Lo que se pierden los hombres cobardes...

Se echaron a reír los dos.

Habían salido ya del estudio y estaban muy cerca de la escalera.

Fueron a descender por ella, pero no pudieron hacerlo.

Los hombres-araña la tenían bloqueada.

CAPITULO VIII

Bloqueada, sí.

Esta vez, el ataque era masivo.

Había por lo menos diez hombres-araña cortándoles el paso.

Y no esperaron a que la pareja de terrestres bajaran, sino que subieron a por ellos, salvando los peldaños con una rapidez que ponía los pelos de punta.

Brad Stapleton comprendió que no podían escapar por allí, aunque fueran armados, porque se enfrentaban a un grupo demasiado

numeroso de hombres-araña, así que gritó:

—¡Atrás, Iris! ¡Volvamos al estudio!

Iris Vrady no se hizo repetir la orden, pues también ella se decía que era imposible abrirse paso por entre tantos hombres-araña.

Corrieron los dos hacia el estudio del pintor.

Antes de encerrarse en él, Brad efectuó un par de disparos y alcanzó a dos alienígenas, que pasaron a mejor vida.

Iris, por su parte, también hizo uso de la pistola de rayos paralizantes, inmovilizando por completo a un hombre-araña.

Luego, se protegieron en el estudio.

Brad cerró la puerta por dentro.

La ventana continuaba cerrada.

El pintor cogió de la mano a Iris y la llevó a un ángulo del estudio.

—Aquí nos defenderemos mejor —dijo.

La muchacha, pálida y temblorosa, preguntó:

—¿Derribarán la puerta, Brad?

—Es posible.

—O forzarán la ventana...

—Sí, tal vez. Pero, entren por donde entren, los recibiremos como se merecen. Cargué mi escopeta a tope, así que no hay peligro de que se nos acaben los cartuchos.

—Son muchos, Brad.

—Sí, tampoco yo creí que hubiera tantos. A lo mejor es que han llegado refuerzos, al ver que ofrecemos más resistencia de la que ellos pensaban.

—¿A qué habrán venido esos seres a la Tierra?

—Lo ignoro.

—¿Habrán capturado a alguien ya?

—No lo sé. Quizá seamos los primeros terrestres que los hombres-araña intentan atrapar.

—Perra suerte la nuestra —rezongó Iris.

Brad sonrió ligeramente.

—Vivimos en un lugar solitario, apartado, ideal para posar una nave sin ser vistos por nadie. Creo que por eso lo eligieron los extraterrestres.

—Si lo sé, me quedo en Houston.

—No nos hubiéramos conocido, Iris.

—Eso es verdad —sonrió también la joven.

—¿Se arrepiente?

—No.

—¿Por qué fio nos tuteamos, Iris?

—Por mí, encantada.

Brad la besó en los labios.

Iris dijo:

—Esto ha sido para celebrar el tuteo, ¿no?

—Exacto.

—Llevamos ya tres besos, Brad. Y eso que nos hemos conocido hoy. Si llegamos a conocernos la semana pasada...

—Yo estaría ya loco por ti, seguro.

—Adulador.

—Lo digo en serio.

—Dentro de una semana, y con permiso de los hombres-araña, te recordaré esta conversación.

—Muy bien —sonrió el pintor, y la besó de nuevo.

—¿Qué celebramos ahora, Brad?

—Que estamos rodeados por los hombres-araña.

—¿Y crees que eso es para celebrarlo…?

—Lo será cuando hayamos escapado de ellos.

—Y, por si acaso no lo conseguimos, tú quieres celebrarlo antes, ¿eh?

—Algo tenemos que hacer mientras los hombres-araña deciden si entran por nosotros o esperan a que salgamos, ¿no?

—Tienes razón. Anda, bésame otra vez.

—Encantado —respondió el pintor, pero no llegó a unir su boca a la de su vecina, porque, justo en aquel momento, ocurrió algo que llamó la atención de ambos.

Por debajo de la puerta, estaba penetrando una especie de gas verdoso que se iba esparciendo lentamente por el estudio, impregnando el aire de un fuerte olor que recordaba bastante al del amoníaco.

Iris, asustada, exclamó:

—¿Qué es eso, Brad…?

—Parece un gas.

—¿Obsequio de los hombres-araña?

—Seguro.

—¡Quieren atraparnos con ese maldito gas verdoso! ¡Van a llenar el estudio con él!

—¡Condenados!

Iris se llevó la mano a la garganta.

—¡Me queman las vías respiratorias, Brad!

—¡Y a mí!

—¡Ese gas es irrespirable! ¡Nos vamos a asfixiar…! —chilló la muchacha, y empezó a toser con fuerza.

Brad también se puso a toser.

Y a llorar.

No de miedo, porque agallas tenía de sobra.

Lloraba porque el gas verdoso irritaba los ojos, obligando a despedir unos lagrimones como guisantes.

Iris también lloraba, claro.

Tenía los ojos tan enrojecidos como el pintor.

Brad, antes de que fuera demasiado tarde, decidió disparar sobre la ventana para destrozar los cristales y que penetrara aire fresco en el estudio.

Efectuó un par de disparos.

Los cristales, efectivamente, saltaron hechos añicos y dejaron pasar el aire, pero como por debajo de la puerta seguía penetrando gas verdoso, apenas se notó.

Iris se había dejado caer de rodillas.

Seguía tosiendo como una mula, despidiendo lagrimones por sus irritados ojos, y sintiendo que sus conductos respiratorios le quemaban cada vez más.

Parecía que el gas se los abrasara, al penetrar en ellos.

Brad sentía lo mismo.

Ninguno de los dos podía hablar.

Sólo hacían que toser, cada vez más fuerte.

Brad agarró a Iris, la levantó, y la llevó hacia la ventana, porque sólo asomándose a ella podrían evitar el quedar desvanecidos por no poder respirar aire limpio.

Tal vez era eso lo que los hombres-araña pretendían, que se asomasen a la ventana, para entonces atrapar los. Podían estar agarrados a la pared, esperándolos.

Brad lo sabía, pero no podía hacer otra cosa.

Tenían que respirar aire puro o se derrumbarían quedarían inconscientes, y serían apresados por los extraterrestres.

Iris ya casi había perdido el conocimiento y Brad la llevaba prácticamente a rastras. La pistola de rayos paralizantes había quedado tirada en el suelo, pero el pintor no había soltado su escopeta, consciente de que sin ella estarían irremisiblemente perdidos.

El gas verdoso llenaba ya todo el estudio, impidiendo a Brad e Iris ver más allá de sus narices, por lo que el pintor caminaba literalmente a tientas hacia la ventana.

Podía haber entrado algún hombre-araña en el estudio, por la destrozada ventana, y ellos no enterarse, así que su situación no podía ser más crítica.

Sin embargo, consiguieron alcanzar la ventana sin que ocurriera nada.

Fue entonces cuando ocurrió.

Había cuatro hombres-araña agarrados a la pared, muy cerca de la ventana, esperando la aparición de la pareja de terrestres. Y, en cuanto los vieron asomar, se lanzaron sobre ellos.

Brad no tuvo tiempo de usar su escopeta, ya que le fue arrebatada por uno de los horribles seres, mientras otro le derribaba.

Iris se vio derribada también.

Brad intentó luchar, pero poco pudo hacer, porque los hombres-araña lo inmovilizaron materialmente con sus múltiples patas, en las que tenían mucha fuerza.

Iris no ofreció resistencia alguna, porque se había desmayado ya a causa del gas que seguían respirando. No obstante, llegó a saber que dos hombres-araña estaban sobre ella, aprisionándola con sus poderosas patas, y eso la ayudó a desvanecerse, porque su terror, en ese momento, no tenía límites.

Brad pensó que los hombres-araña iban a utilizar sus temibles quelíceros con ellos, pero se equivocó.

Sólo querían atraparlos.

Y ya los tenían a los dos.

Brad no supo lo que ocurrió después, porque también se desvaneció, incapaz de respirar por más tiempo aquel maldito gas verdoso, que no parecía afectar a los hombres-araña.

Ni tosían, ni les lloraban los ojos, ni les quemaban las vías respiratorias. Incluso podían ver perfectamente a través del verdoso gas que llenaba totalmente el estudio del pintor.

Estaban habituados a él.

Y era lógico, puesto que formaba parte de su organismo.

Podían segregarlo, cuando querían, por la parte posterior de sus cuerpos.

Era una de las ventajas de ser hombres-araña.

CAPÍTULO IX

Cuando Brad Stapleton volvió en sí, se encontró en cerrado en una especie de campana de cristal o algún otro material transparente. La

campana tendría unos tres metros de altura y otros tantos de diámetro en su base, que era la parte más amplia.

Dicha campana se hallaba en el centro de una estancia hexagonal, cuyas paredes y suelo eran metálicos. El techo, en cambio, parecía de un material distinto. Era de color ámbar y despedía una suave luz de ese mismo color, que iluminaba la estancia.

Brad dedujo inmediatamente que se encontraban en la nave de los hombres-araña. Iris Vrady yacía junto a él, inconsciente todavía, pero no eran ellos los dos únicos que estaban encerrados en la gran campana de material transparente.

Había otras dos personas.

Un hombre y una mujer.

Eran jóvenes y, al igual que Iris, yacían inconscientes.

Brad, lógicamente, se preocupó primero de reanimar a Iris.

Y lo consiguió en poco más de un minuto.

La muchacha abrió los ojos, enrojecidos todavía por culpa del verdoso gas y le miró.

—Brad…

—Hola, preciosa —le sonrió suavemente el pintor, y depositó un tierno beso en sus carnosos labios, ahora faltos de color.

—¿Dónde estamos?

—En la nave de los hombres-araña, creo.

—Nos atraparon finalmente, ¿eh?

—Sí, con el maldito gas.

—Fueron muy astutos.

—No somos los únicos, iris, —¿Qué?

—Tienen a otra pareja cautiva. Míralos.

Iris irguió el torso y quedó sentada en el metálico suelo, lo mismo que Brad. Tras observar a los otros dos prisioneros, comentó:

—Ella es muy guapa.

—Sí, es una mujer hermosa.

—Y él tampoco está mal.

—¿Quieres ponerme celoso?

Iris sonrió.

—Tranquilo, a mí me gustas más tú —confesó, y le dio un beso.

Brad la rodeó con sus brazos.

—¿Estás bien, Iris?

—Sí. ¿Y tú...?

—Me escuecen un poco los ojos y la garganta. —A mí también.

—¿Y tu rodilla...?

—Apenas me duele.

—Me alegro.

Se dieron otro beso.

Después, Iris observó la hexagonal estancia con rostro preocupado.

—¿Qué será de nosotros, Brad?

—No lo sé. De momento estamos vivos y deber dar gracias a Dios por eso.

—¿Estás seguro de que no sería mejor estar muerta que en poder de los hombres-araña?

—Desde luego que no. Estando vivos, podremos escapar si se nos presenta la oportunidad. Muertos, en cambio, no tendríamos nada que hacer.

Iris lo miró a los ojos.

—¿De veras crees que tenemos alguna posibildad de salir con bien de esto, Brad...?

—¿Por qué no?

—Yo lo veo muy difícil, francamente.

—No será fácil, ya lo sé. Pero si les dimos guerra en tu casa y en la mía a los hombres-araña, también la podemos dar aquí, en su nave.

—¿Sin armas?

—Con lo que sea. Ahora no estamos solos, son cuatro. Y dos hombres jóvenes y fuertes, con la ayuda de dos mujeres valientes, pueden hacer muchas cosas.

Iris volvió a mirar a la otra pareja de cautiva

—¿Quiénes serán, Brad?

—Nos lo dirán cuando despierten.

—¿Por qué no los reanimamos?

—De acuerdo, intentémoslo.

—Ocúpate tú del hombre, Brad. Yo reanimaré a mujer.

—Bien.

Brad e Iris se pusieron manos a la obra.

Un par de minutos después, el hombre y la mujer estaban despiertos.

—¿Qué tal se encuentran? —preguntó Brad.

El hombre se quedó mirándolo fijamente.

—Yo a usted lo conozco.

—¿De veras?

—¡Es Brad Stapleton, el pintor!

—El mismo —asintió Brad, con una sonrisa.

—Yo soy Paul Grayson. Y ella, mi mujer. Se llama Roxana.

—Me alegro de conocerles a los dos, aunque lamento que sea en estas circunstancias.

—Lo mismo digo —habló Iris.

—¿Es su esposa, Stapleton? —preguntó Paul.

—No, yo soy soltero —carraspeó Brad.

—Me llamo Iris Vrady, y soy vecina de Brad —se presentó la muchacha—. Los dos vivimos en la bahía de Galveston.

—Nosotros también —informó Paul Grayson. —Entonces, por eso cayeron en manos de los hombres-araña —dijo el pintor—. Debieron posar su nave en esa zona, y nos cogieron a los que vivíamos más cerca.

Roxana Grayson se estremeció perceptiblemente.

—Los hombres-araña... —repitió, con débil voz. —¿Cómo los atraparon a ustedes, Stapleton? —preguntó Paul.

Brad e Iris contaron lo sucedido, causando la admiración de los Grayson.

—Nosotros no les dimos tanta guerra —confesó Paul—. La verdad es que nos atraparon en seguida, porque mi mujer se desmayó cuando vio a uno de esos seres y yo fui capturado a continuación. Me di un fuerte golpe en la cabeza, mientras me debatía entre sus monstruosas patas, y perdí el conocimiento.

—Tampoco vieron, pues, cómo los traían a su nave. —señaló Brad.

—Así es. Nos hemos despertado aquí, bajo esta extraña campana transparente.

—Lo mismo que nosotros —dijo Iris.

—¿Qué le parece si intentamos salir de ella, Grason? —sugirió el pintor.

—¿De la campana?

—Sí.

—Probemos.

Brad y Paul se irguieron, siendo imitados por Iris y Roxana.

El pintor tanteó la campana.

—Parece resistente.

—Seguro que lo es —repuso Paul, tanteándola también.

—Veamos lo que aguanta —dijo Brad, y estrelló su puño derecho contra la campana.

No hizo mella en ella.

Sólo consiguió hacerse daño en los nudillos.

Paul Grayson golpeó también la campana con su puño, pero tampoco él consiguió nada.

—Es un material muy duro, Stapleton —rezongó masajeándose los nudillos.

—Sí, como ya nos temíamos —respondió Brad.

—Cuando los hombres-araña nos encerraron aquí es porque saben que no podemos escapar —dijo Iris en tono pesimista.

—Lo mismo pienso yo —habló Roxana.

Brad miró hacia arriba y observó la parte superior de la campana, mucho más estrecha que su base y con una serie de orificios por los que entraba el aire que permitía respirar a los cautivos, ya que el aro de la base de la campana estaba tan pegado al suelo que por allí no pasaba la más mínima cantidad de aire.

Una barra metálica permanecía unida a la parte alta de la campana, y descendía desde el techo, lo que permitió a Brad adivinar que la campana subía y bajaba accionando algún mecanismo.

—Voy a subirme sobre sus hombros, Grayson —dijo el pintor.

—¿Para qué?

—Intentaré levantar la campana, aunque sea un poco. Si lo consigo, Iris y Roxana me ayudarán, empujando hacia arriba desde su base. ¿De acuerdo, chicas?

Iris y Roxana respondieron afirmativamente.

—Adelante, Stapleton —dijo Paul, encogiéndose para facilitar la acción del pintor.

Brad trepó a los hombros de Paul Grayson y se plantó sobre ellos, lo que le permitió alcanzar la parte superior de la campana. Puso sus

manos allí y empujó con fuerza hacia arriba.

Iris y Roxana, atentas al aro de la base de la campana, pudieron comprobar que ésta no ascendía ni siguiera un centímetro.

El pintor, con el rostro congestionado por el esfuerzo que estaba realizando, preguntó:

—¿Sube, chicas…?

—No, Brad —respondió Iris.

—Ni siquiera se mueve —añadió Roxana.

Stapleton redobló sus esfuerzos, pero fue inútil.

La campana no subía si no se accionaba el mecanismo que hacía que la barra metálica tirase de ella. El pintor lo comprendió así y dejó de malgastar sus fuerzas, bajándose de los hombros de Paul Grayson. —Es imposible levantarla —rezongó.

Paul iba a decir algo, pero se interrumpió al ver que una de las seis paredes metálicas que formaban la estancia se estaba desplazando silenciosamente, como para dar paso a alguien.

CAPITULO X

—¡Atención! —exclamó Paul Grayson, señalando con el brazo la pared que se movía.

Brad Stapleton, Iris Vrady y la mujer de Paul miraron también hacia allí, y pensaron lo mismo que éste, que los hombres-araña iban a penetrar en la estancia.

Se equivocaron los cuatro, pues no entró ninguno de aquellos horribles seres, sino un hombre cuya apariencia era totalmente terrestre, el cual llevaba una especie de telemando en su mano derecha.

Brad, Iris, Paul y Roxana lo observaron con fijeza, visiblemente sorprendidos, pues no esperaban que en la nave de los hombres-araña hubiese ningún terrestre más.

¿O aquel hombre no pertenecería a la Tierra...?

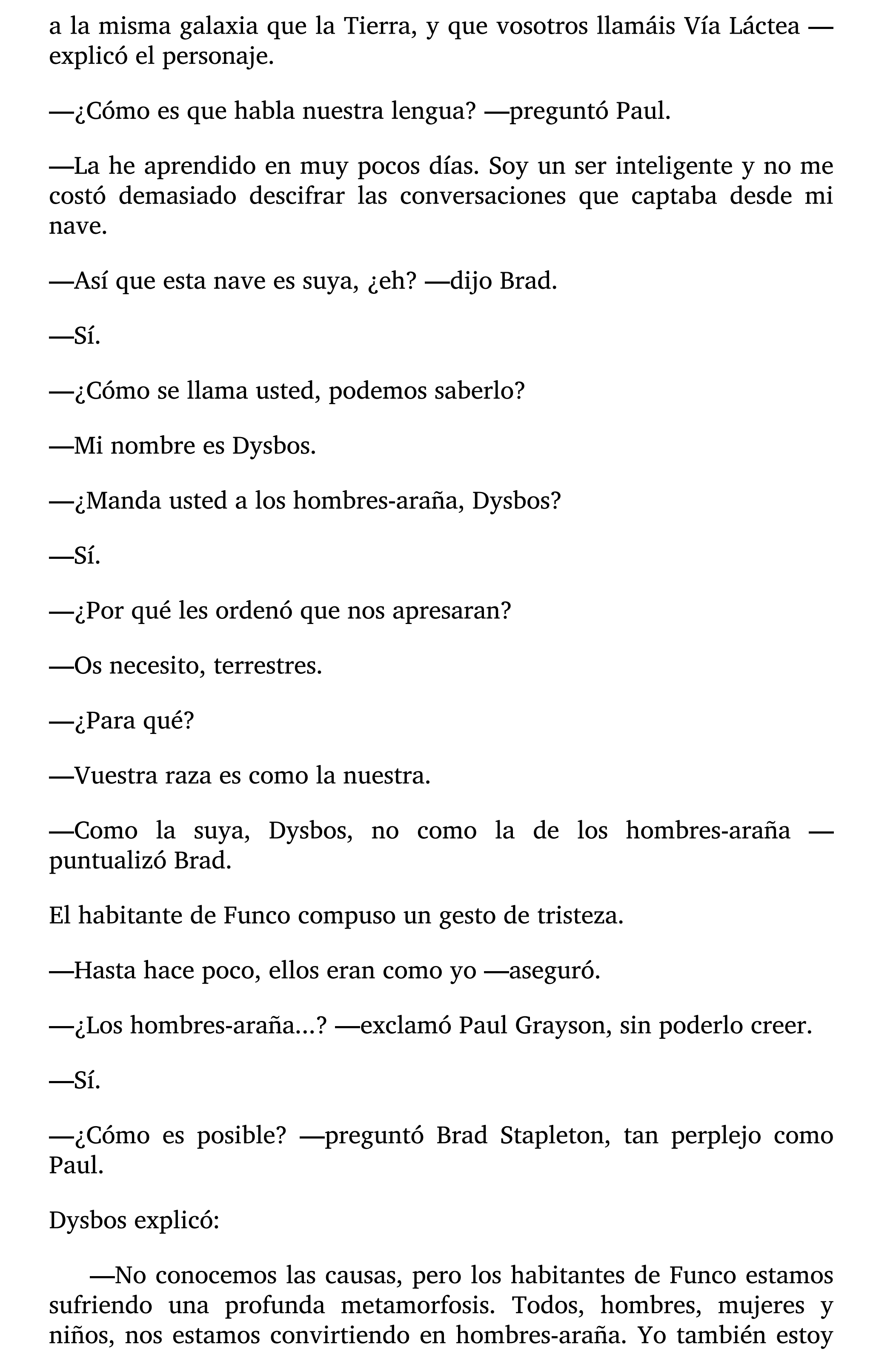
Era la pregunta que se hacían los cautivos, mientras escrutaban al hombre que acababa de entrar en la hexagonal estancia, cuya pared móvil se estaba desplazando ahora en sentido inverso, para cerrar la puerta que había dado paso al curioso personaje.

Aparentaba unos cuarenta años de edad, tenía el cabello gris, bastante crecido, y las facciones enérgicas. Era alto, fornido, y vestía un traje plateado. De su cinto, ancho y dorado, pendía una pistola de rayos.

—Os saludo, terrestres —dijo, con claro acento extranjero.

—¿Usted no es terrestre...?—preguntó Brad.

—No, yo pertenezco a Funco, un, lejano planeta, aunque perteneciente



a la misma galaxia que la Tierra, y que vosotros llamáis Vía Láctea —explicó el personaje.

—¿Cómo es que habla nuestra lengua? —preguntó Paul.

—La he aprendido en muy pocos días. Soy un ser inteligente y no me costó demasiado descifrar las conversaciones que captaba desde mi nave.

—Así que esta nave es suya, ¿eh? —dijo Brad.

—Sí.

—¿Cómo se llama usted, podemos saberlo?

—Mi nombre es Dysbos.

—¿Manda usted a los hombres-araña, Dysbos?

—Sí.

—¿Por qué les ordenó que nos apresaran?

—Os necesito, terrestres.

—¿Para qué?

—Vuestra raza es como la nuestra.

—Como la suya, Dysbos, no como la de los hombres-araña —puntualizó Brad.

El habitante de Funco compuso un gesto de tristeza.

—Hasta hace poco, ellos eran como yo —aseguró.

—¿Los hombres-araña...? —exclamó Paul Grayson, sin poderlo creer.

—Sí.

—¿Cómo es posible? —preguntó Brad Stapleton, tan perplejo como Paul.

Dysbos explicó:

—No conocemos las causas, pero los habitantes de Funco estamos sufriendo una profunda metamorfosis. Todos, hombres, mujeres y niños, nos estamos convirtiendo en hombres-araña. Yo también estoy

condenado a convertirme en hombre-araña. No sé cuánto tardaré, porque el proceso es lento, pero nadie ni nada podrá evitarlo. Mi sangre ya no es roja. Ha adquirido un tono verdoso y se está volviendo más espesa. Es el primer síntoma de la transformación.

—Qué horror… —exclamó ahogadamente Iris Vrady.

Brad, Paul y Roxana, igualmente horrorizados, continuaron en silencio, aguardando que el habitante de Funco siguiera con sus explicaciones.

Dysbos lo hizo:

—Mi piel se volverá también verdosa y escamosa, me caerá el pelo, mis brazos y piernas se convertirán en patas, me nacerán otras cuatro, y también un par de quelíceros… Es lo que les ocurre a todos. Sólo mi cabeza seguirá teniendo aspecto humano. El cuerpo, será de arácnido. Funco está sentenciado a ser el planeta de los hombres-araña, a menos que…

Al ver que el habitante de Funco se interrumpía, Brad rogó:

—Continúe, Dysbos.

—A menos que lleguen algunos seres de una raza idéntica a la nuestra y empiecen a tener descendencia —completó la frase el extraterrestre.

Brad, Iris, Paul y Roxana se miraron entre sí.

Luego, el pintor volvió a encararse con el habitante de Funco y dijo:

—Empiezo a entender para qué nos necesita, Dysbos.

—Creo que sí.

—Piensa llevarnos a su planeta y obligarnos a la procreación.

—En efecto.

—No es justo, Dysbos.

—Sé que no está bien arrancar a algunos seres de su mundo y trasladarnos por la fuerza a otro, pero se trata de la supervivencia de nuestra raza.

Brad movió la cabeza.

—Se equivoca, Dysbos. Su raza, y créame que lo siento, está condenado a convertirse en hombres-araña. Nosotros, los habitantes de la Tierra, no podemos impedirlo. Si nos lleva a algunos a Funco, y nos obliga a tener descendencia, nuestros hijos no pertenecerán a su raza, sino a la nuestra.

—Lo sé, pero como ambas razas son idénticas, no habrá diferencia alguna.

Brad sacudió la cabeza de nuevo.

—No se engañe a sí mismo, Dysbos. Su raza está condenada a extinguirse, y le repito que lo siento. Los cuatro lo sentimos, pero no podemos hacer nada. Poblar Funco de terrestres, no sería salvar su raza de su extinción, sino convertir el planeta en una segunda Tierra. Tendríamos que convivir con ustedes, los hom bres-araña, que es la raza que ahora, por desgracia, habita en Funco. Y esa convivencia no sería nada fácil.

—¿Por qué?

—Por muchas razones, Dysbos. Un hombre-araña, y perdone usted que lo diga tan crudamente, tiene más de animal monstruoso que de cualquier otra cosa.

El extraterrestre no replicó.

Brad añadió:

—Hay otra cosa, además. Dice usted, Dysbos, que ignoran las causas de la mutación que están sufriendo los seres de su raza, ¿no?

—Así es.

—Puede deberse a alguna radiación cósmica que haya alterado la atmósfera de Funco, contaminando el aire que respiran, la vegetación, los alimentos que ingieren, el agua que beben... Si fuera así, de nada serviría llevarnos a su planeta, puesto que nosotros sufriríamos el mismo tipo de mutación y nos convertiríamos también en hombres-araña.

Las palabras del pintor hicieron estremecer a Iris, Paul y Roxana.

Convertirse en hombres-araña...

¡Sería espantoso!

Era preferible la muerte, se dijeron los tres con el pensamiento.

Paul Grayson apoyó la teoría del pintor:

—Brad Stapleton tiene razón, Dysbos. No conseguirá nada llevándonos por la fuerza a su planeta. Sólo que Funco tenga cuatro hombres-araña más.

—Dos hombres-araña más y dos mujeres-araña más —corrigió Iris, con temblorosa voz.

—Eso —dijo Roxana, que ya se veía caminando a ocho patas por el suelo, como las arañas, con el cuerpo verde y lleno de escamas, y un par de quelíceros en la frente.

Dysbos los miró a los cuatro, pero no dijo nada.

Parecía estar reflexionando.

Brad, Iris, Paul y Roxana no quisieron interrumpir sus pensamientos, conscientes de que en el cerebro del habitante de Funco se estaba decidiendo el futuro de ellos cuatro.

Su obligado viaje al lejano planeta, ahora poblado casi enteramente por hombres-araña, o su puesta en libertad, con lo que terminaría aquella especie de horrorosa pesadilla que estaban viviendo.

Dysbos, finalmente, dijo:

—Es posible que tengáis razón y no sirva de nada llevaros a Funco, pero no tengo más remedio que hacerlo. Aunque sólo existiera una probabilidad entre un millón de que vostros no sufráis la misma mutación que nosotros, os llevaría a mi planeta. Es mucho lo que hay en juego, terrestres, y mi obligación es hacer cuanto esté en mi mano por intentar evitar la extinción de nuestra raza. Os llevaré a Funco, tendréis descendencia, y veremos qué pasa.

Sin esperar a que los cautivos terrestres hiciesen algún comentario al respecto, el habitante de Funco dio media vuelta, apuntó a la pared móvil con su telemando, y ésta comenzó a desplazarse silenciosamente.

Dysbos abandonó la estancia y la pared se cerró de nuevo.

* * *

Brad Stapleton, Iris Vrady y los Grayson volvieron a mirarse de nuevo, con caras de circunstancias. —Estamos perdidos, amigos —dijo Paul.

—Todavía no, Grayson —repuso Brad.

—Debemos estar volando ya hacia Funco, Stapleton.

—Es posible, pero eso no elimina nuestras posibilidades de escapar.

—¿Usted cree?

—Sólo tenemos que atrapar a Dysbos, amenazarle con la pistola que lleva al cinto, y obligarle a que nos devuelva a la Tierra.

—¿Cómo vamos a atraparle, si no podemos salir de esta maldita campana?

—No nos tendrán siempre aquí, Grayson. Tenemos que comer, tenemos que lavarnos, tenemos que hacer nuestras necesidades… Dysbos lo sabe y se ocupará de ello. Cuando levanten la campana, será el momento de actuar —dijo el pintor.

CAPITULO XI

Brad, Iris, Paul y Roxana se habían sentado en el suelo, cansados de estar de pie, y apoyaban sus espaldas en la sólida campana transparente.

Hacía ya un par de horas largas que Dysbos los había dejado solos, y desde entonces nadie más había hecho acto de presencia en la hexagonal sala.

Paul Grayson rodeaba los hombros de su mujer con su brazo, le acariciaba el rojizo cabello, y de cuando en cuando la besaba tiernamente.

Brad Stapleton hacía lo propio con Iris Vrady, quien aceptaba complacida los besos y las caricias. De pronto, ella dijo:

—Pongámonos en lo peor, Brad.

—¿Qué es lo peor?

—Que no podemos escapar y llegamos a Funco.

—No pienses en eso.

—Lo siento, pero no puedo evitarlo.

—Saldremos de esto, ya verás.

—Ojalá. Pero, por si no es así, quiero que hablemos de lo que pasará si llegamos a ese lejano planeta.

—De acuerdo, hablemos.

—Dysbos nos obligará a tener hijos.

—Pues los tendremos.

—Tú y yo no estamos casados.

—Es verdad.

—No quiero ser una madre soltera.

—¡Demonios! No había pensado en eso.

Paul y Roxana no pudieron contener la risa.

Iris los miró.

—Ustedes se ríen porque están casados y no tienen ningún problema —gruñó—. Si Roxana fuera soltera...

—Le exigiría a Dysbos que nos casara en Funco, antes de acostarme con Paul —aseguró Roxana, guiñándole el ojo.

—Me parece que eso es lo que voy a hacer yo. Si Disbos no nos une antes en matrimonio, me negaré a que haya unión de la otra.

—Usted ¿qué dice, Stapleton...? —preguntó Paul.

El pintor tosió.

—Hombre, yo...

—Tendrás que tomarme por esposa si quieres hacer el amor conmigo, Brad —dijo Iris.

—¿Y ese matrimonio tendrá validez en la Tierra, cuando regresemos, si es que regresamos...?

—¡Por supuesto!

—Entonces, tendré que pensarlo.

—¡Sinvergüenza! —exclamó Iris, y le dio una bofetada aunque suave, porque la cosa iba más en broma que en serio.

Paul y Roxana volvieron a reír.

Brad rió también y dijo:

—No te preocupes, Iris. Si llegamos a Funco, que no llegaremos, le pediremos a Dysbos que nos case antes de pasar a «lo otro».

—¿Me lo prometes?

—Sí, no quiero que seas una madre soltera. El niño podrá llevar mi apellido.

—A lo mejor es niña.

—O un bebé-araña, depende de lo que seamos nosotros cuando nazca…

—¡No lo digas ni en broma! —exclamó Iris, estremeciéndose.

—¡Yo tampoco quiero traer niños-araña al mundo, Paul! —dijo Roxana, abrazándose a su marido.

Este le dio unas palmaditas a la espalda.

—Tranquilízate, cariño. Stapleton está seguro de que saldremos de esta situación mucho antes de llegar a Funco, ya lo has oído. Tengamos la misma fe que tiene él.

—Sí —musitó ella.

—Anímese, Roxana —dijo Brad—. Tiene usted que posar para mí, cuando volvamos a la Tierra.

—Encantada.

—Desnuda, Roxana —hizo saber Iris.

—No me importa, tengo un cuerpo bonito. Que lo diga Paul.

—Precioso de verdad —sonrió Grayson, orgulloso del físico de su mujer.

Iris abrió la boca, perpleja.

—¿A usted tampoco le importa que su mujer pose desnuda...?

—Tratándose de Brad Stapleton, en absoluto. Es un gran pintor, lo admiro muchísimo, y me sentiré muy satisfecho de que tome a Roxana como modelo.

—¿Lo estás oyendo, Iris? —dijo Brad.

La muchacha iba a responder, pero en aquel preciso momento empezó a desplazarse de nuevo la pared móvil y los cuatro se quedaron callados, quietos y tensos, mientras se preguntaban si sería nuevamente Dysbos o algunos de los hombres-araña que viajaban en la nave.

* * *

Era Dysbos.

Esta vez, sin embargo, no venía solo.

Cuatro hombres-araña entraron tras él en la sala hexagonal.

Al ver de nuevo a aquellos escalofriantes seres de cabeza humana y cuerpo de arácnido, Iris y Roxana no pudieron reprimir sendos gritos de terror.

A Paul también le impresionó la aparición de los cuatro hombres-araña, pero hizo acopio de valor y se dispuso a secundar el plan de Brad Stapleton.

Tenían que sorprender a Dysbos.

Arrebatarle la pistola de rayos.

Sólo así tendrían posibilidades de escapar.

Brad se puso en pie y Paul hizo lo propio.

Iris y Roxana también se irguieron.

El pintor preguntó:

—¿Ha cambiado de idea, Dysbos?

—No.

—¿Por qué ha vuelto, entonces?

—He venido por dos de vosotros.

—¿Para qué?

—¿Examen médico...?

—Sí, quiero asegurarme de que hemos elegido a dos parejas fuertes y sanas, perfectamente capacitadas para procrear. Si no fuera así, tendríamos que soltaros y sustituiros por otras dos parejas.

Paul Grayson respingó ligeramente.

—¿Quiere decir que aún estamos en la Tierra...?

—Naturalmente.

—Creíamos que ya íbamos camino de su planeta...

—No, seguís en el vuestro.

—¿Y no teme que su nave sea descubierta, Dysbos? —preguntó Brad.

—Imposible.

—¿Por qué está tan seguro?

—La tenemos posada en el fondo de lo que vosotros llamáis la bahía de Galveston —informó el habitante de Funco.

Ahora fue Brad Stapleton quien respingó.

—¿Estamos bajo el agua...?

—Así es.

Brad, Iris, Paul y Roxana se miraron entre sí, silenciosos.

Dysbos preguntó:

—¿Qué pareja quiere ser la primera en someterse al examen médico?

Brad, tras una ligera vacilación, rogó:

—Examinemos primero a Paul Grayson y a mí, Dysbos.

—¿Por qué primero los hombres?

—Es que las mujeres están asustadas.

—No tienen por qué. No les voy a causar ningún daño, es una simple exploración médica, como las que hacen en vuestro planeta —aseguró Dysbos.

—Aun así es mejor que nos examine a nosotros en

primer lugar —opinó Paul, que adivinaba las intenciones de Brad.

Si los sacaban a los dos juntos de la campana tendrían más posibilidades de sorprender a Dysbos y apoderarse de su pistola de rayos que si los sacaban a él y a Roxana, o a Brad e Iris.

El habitante de Funco, condenado a convertirse en hombre-araña dentro de poco, no aceptó la sugerencia de los varones terrestres.

—Tengo que examinar a una pareja, hombre y mujer.

—¿No es lo mismo, Dysbos? —insistió Brad.

—No.

El pintor suspiró, aparentemente resignado.

—Está bien, Iris y yo iremos primero.

—De acuerdo —dijo Dysbos, y manejó su telemando.

La campana transparente se fue para arriba, levantada por la barra metálica que descendía del techo. Ascendió lenta y silenciosamete, pero se detuvo antes de lo que Brad y Paul hubieran querido.

Como mucho habría ascendido medio metro.

—Pasad por debajo —indicó Dysbos.

—¿Es que no puede subir más? —preguntó Brad.

—Sí, pero no es necesario.

El pintor maldijo para sus adentros, porque así no podría contar con la ayuda de Paul Grayson. En principio, al menos, porque había que tenderse en el suelo para pasar por debajo de la campana y eso impedía una acción rápida y sorpresiva por parte de Paul.

Tendría que intentarlo solo, no quedaba otro remedio.

Brad se tendió en el suelo y pasó por debajo de la levantada campana, irguiéndose seguidamente.

Los cuatro hombres-araña lo rodearon al instante, corno para hacerle saber que no debía intentar nada. Dysbos, en cambio, se mantuvo prudentemente alejado del varón terrestre.

—Vamos, Iris —dijo Brad.

La joven salió también de la campana.

Dysbos se apresuró a manejar su telemando y la campana empezó a descender, encerrando nuevamente a Paul y Roxana.

—En marcha, terrestres —indicó el habitante de Funco, haciendo con su telemando que la pared móvil se desplazara.

Brad e Iris echaron a andar, con caras de hallarse resignados a someterse a la exploración médica.

CAPITULO XII

Dysbos no había empuñado su arma en ningún momento, como si estuviera seguro de que Brad Stapleton e Iris Vrady no se atreverían a intentar nada al hallarse vigilados de cerca por cuatro hombres-araña.

Se equivocó.

Era muy difícil sorprenderle, pero el pintor lo intentó.

Y antes de que los sacaran de la sala hexagonal, porque Brad deseaba contar cuanto antes con la colaboración de Paul Grayson.

Gracias a sus magníficas condiciones físicas, Brad Stapleton pudo arrojarse sobre Dysbos, pasando por encima de uno de los hombres-araña como un pájaro, pues realmente pareció volar más que saltar.

El habitante de Funco, que no esperaba el ataque del varón terrestre, se vio derribado antes de que pudiera empuñar su pistola de rayos y

amenazar con ella al pintor.

Brad quedó sobre él, le asestó un puñetazo en el rostro, y le arrebató velozmente la pistola.

Los hombres-araña ya se disponían a caer sobre el terrestre, olvidándose por completo de Iris.

—¡Cuidado, Brad! —gritó la joven.

Stapleton se revolvió como una centella y disparó sobre los hombres-araña.

El arma de Dysbos era sencilla de manejar, afortunadamente.

Emitía unos rayos azulados, divididos en forma de guiones.

El primer hombre-araña que resultó alcanzado por los disparos de Brad, tembló como si estuviera recibiendo una descarga eléctrica y luego quedó patas arriba, absolutamente tieso.

El pintor disparó sobre otro hombre-araña y lo dejó fuera de combate, también, pero no pudo evitar que los otros dos seres cayesen sobre él y lo atrapasen con sus largas patas.

Dysbos, recuperado del puñetazo que le propinara el terrestre, gritó en su lengua:

—¡Sujetadle! ¡Y arrebatadle la pistola!

Brad, viendo que no podía usar el arma, se la arrojó a Iris antes de que los hombres-araña se la arrancasen de la mano.

—¡Cógela, Iris!

La muchacha se apresuró a recoger la pistola del suelo.

Dysbos rugió:

—¡Atacad a la mujer, antes de que empiece a disparar!

Uno de los hombres-araña se desentendió de Brad y saltó sobre la mujer terrestre.

—¡Dispara, Iris! —gritó el pintor, debatiéndose entre las poderosas patas del otro hombre-araña.

Desde el interior de la campana transparente, los Grayson vieron como Iris Vrady accionaba el disparador de la pistola y el rayo azulado alcanzaba al hombre araña que iba a caer sobre ella.

El ser tembló, como antes temblaran sus compañeros, y luego quedó rígido, con las patas en alto.

—¡Bravo, Iris! —exclamó Paul.

—¡Dispara sobre el otro! —dijo Roxana.

Iris, en vez de apuntar al único hombre-araña que quedaba en condiciones de luchar, apuntó a Dysbos y gritó:

—¡Ordene al hombre-araña que suelte a Brad o disparo sobre usted, Dysbos!

Este vaciló.

—¡Obedezca, Dysbos! —insistió Iris.

El habitante de Funco, en su lengua, ordenó al hombre-araña que soltara al terrestre.

El horripilante ser obedeció y dejó libre a Brad, quien se apartó rápidamente de él.

Lo primero que hizo el pintor, fue apoderarse del telemando de Dysbos, que éste había perdido en su caída. Inmediatamente hizo uso de él, para cerrar la pared móvil e impedir así que nuevos hombres-araña penetrasen en la sala hexagonal de improviso.

Después, Brad apuntó hacia la parte superior de la campana transparente y accionó de nuevo el telemando.

La campana empezó a subir.

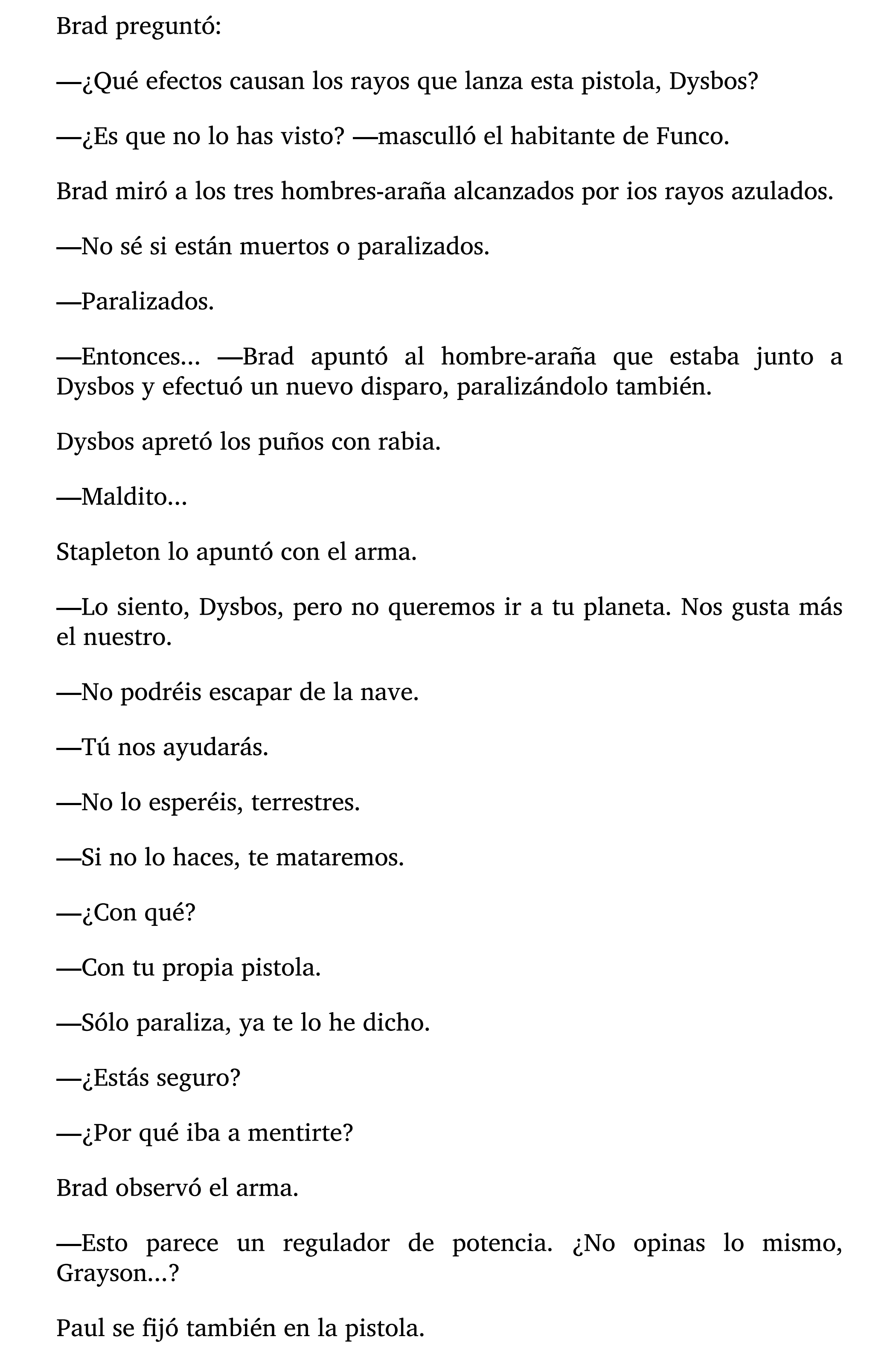
Paul y Roxana se apresuraron a salir de ella.

—¡Habéis estado magníficos, Stapleton! —exclamó el primero.

—¡Los dos! —dijo Roxana.

—Gracias —sonrió Brad, y se acercó a Iris, para hacerse cargo de la pistola de Dysbos.

Este y el hombre-araña que quedaba consciente estaban muy quietos.



Brad preguntó:

—¿Qué efectos causan los rayos que lanza esta pistola, Dysbos?

—¿Es que no lo has visto? —masculló el habitante de Funco.

Brad miró a los tres hombres-araña alcanzados por ios rayos azulados.

—No sé si están muertos o paralizados.

—Paralizados.

—Entonces... —Brad apuntó al hombre-araña que estaba junto a Dysbos y efectuó un nuevo disparo, paralizándolo también.

Dysbos apretó los puños con rabia.

—Maldito...

Stapleton lo apuntó con el arma.

—Lo siento, Dysbos, pero no queremos ir a tu planeta. Nos gusta más el nuestro.

—No podréis escapar de la nave.

—Tú nos ayudarás.

—No lo esperéis, terrestres.

—Si no lo haces, te mataremos.

—¿Con qué?

—Con tu propia pistola.

—Sólo paraliza, ya te lo he dicho.

—¿Estás seguro?

—¿Por qué iba a mentirte?

Brad observó el arma.

—Esto parece un regulador de potencia. ¿No opinas lo mismo, Grayson...?

Paul se fijó también en la pistola.

—Sí, yo diría que sí —respondió.

—Creo que está al mínimo. Y regulada así, la pistola solamente paraliza. En cambio, si la regulamos al máximo…

Brad lo hizo y apuntó de nuevo al habitante de Funco.

—¿Qué sería de ti si yo te disparase ahora, Dysbos…?

Este no pudo evitar un estremecimiento.

—No lo hagas, terrestre.

—¿Qué pasaría, Dysbos?

—Me desintegrarías por completo.

Brad sonrió.

—Conque sólo paralizaba, ¿eh?

Dysbos no respondió.

Brad exigió:

—Vas a sacarnos de aquí, Dysbos.

—No puedo.

—¿Prefieres que te desintegremos?

—No creo que lo hagáis.

—¿Por qué?

—No serviría de nada. Quedan muchos hombres-ara ña en la nave. No podréis escapar.

—Con esta pistola los desintegraré a todos, Dysbos.

—No, es imposible. Desintegrarás a unos cuantos, pero el resto os apresarán de nuevo y os llevarán a Funco.

Brad apretó los dientes.

—Te doy diez segundos para decidirte, Dysbos. O nos ayudas a escapar, o se acabó todo para ti.

—Me harás un favor si me desintegras, terrestre. Tampoco a mí me gusta la idea de convertirme en un hombre-araña.

El pintor vaciló.

Dysbos se dio cuenta y apremió:

—Vamos, dispara sobre mí, terrestre.

Brad bajó lentamente el arma.

—No puedo hacerlo.

—¿Qué te detiene?

—No soy un asesine Dysbos. Dispararía sobre ti si tú intentaras sorprenderme, pero no puedo acabar contigo a sangre fría. Quizá tú no lo entiendas, pero…

El habitante de Funco sonrió ligeramente.

—Sí que lo entiendo, terrestre. Tienes buen corazón, y sólo eres capaz de matar en defensa propia.

—Así es.

—Gracias.

Brad ordenó:

—Entra en la campana, Dysbos.

—¿Para qué?

—Vamos a encerrarte.

—¿De qué servirá?

—Vamos a intentar escapar por nuestros propios medios.

—No lo conseguiréis. Ya os he dicho que la nave está posada en el fondo de la bahía de Galveston. No podéis salir de ella.

—Encontraremos la manera, no lo dudes. Vamos, colócate debajo de. la campana.

—Está bien —suspiró Dysbos, y se puso bajo la transparente campana.

Brad accionó el telemando y la campana empezó a descender, encerrando al habitante de Funco.

—Esto me recuerda la fábula del cazador cazado —dijo Paul Grayson, sonriendo.

—Y a mí —dijo Roxana.

—Será mejor que salgamos de aquí —opinó Iris—. Los hombres-araña pueden recobrar la movilidad de un momento a otro y ponernos en aprietos de nuevo.

—Iris tiene razón —dijo Stapleton, e hizo que la pared móvil se abriera accionando el telemando.

Después, abandonaron los cuatros la sala hexagonal, con la máxima cautela, porque no querían verse sorprendidos por los hombres-araña que se movían por la nave.

CAPITULO XIII

La nave extraterrestre era un auténtico laberinto.

Un laberinto por el que Brad, Iris, Paul y Roxana avanzaban lentamente, absolutamente desorientados, porque era muy difícil diferenciar un lugar de otro.

No habían visto una sola puerta.

Sin duda las había, pero debían estar tan disimuladas como la de la sala hexagonal. Es decir, paredes móviles que se desplazaban al recibir la señal del telemando de Dysbos.

Brad Stapleton no se atrevía a usarlo, por si abría una puerta que no les convenía y se veían en dificultades. Lo que él quería encontrar, era la cabina de mandos.

Si daban con ella, obligarían a los hombres-araña que se hallasen en la cabina a sacar la nave del fondo de la bahía y posarla en tierra firme, para poder escapar.

Teniendo la poderosa pistola de Dysbos, Brad estaba seguro de convencer a los hombres-araña, amenazándolos con desintegrarlos a todos si no obedecían.

El pintor ignoraba, claro, que los hombres-araña estaban siguiendo sus movimientos desde que abandonaran la sala hexagonal. Los estaban vigilando a los cuatro a través de una pantalla de televisión y ya les habían preparado una trampa, para capturarlos de nuevo.

Estaban a punto de caer en ella.

Era sólo cuestión de segundos.

En cuanto avanzasen unos pocos metros más...

De pronto, Brad Stapleton se detuvo.

—Un momento.

Iris, Paul y Roxana se detuvieron también.

—¿Has visto algo, Brad? —preguntó la primera.

—No.

—¿Por qué te has detenido, entonces?

—No me gusta nada este silencio, esta quietud... No nos hemos tropezado con un solo hombre-araña desde que escapamos de la estancia hexagonal.

—Ni ganas.

—Es muy raro. ¿No crees, Grayson?

—Sí, a mí también me parece extraño, Stapleton. Dysbos dijo que hay muchos hombres-araña en la nave, que no podríamos con todos. Y no tropezamos con ninguno…

—Puede que Dysbos mintiera, para asustarnos, y haya sólo unos pocos hombres-araña a bordo —opinó Roxana.

—Ojalá —deseó Iris.

Brad movió la cabeza.

—Sigo desconfiando de esta tranquilidad.

—¿Qué es lo que temes? —preguntó Iris.

—Que los hombres-araña nos hayan tendido una trampa.

—Para eso, tendrían que estar siguiendo nuestros pasos —señaló Paul.

—Quizá lo estén haciendo.

Roxana se estremeció.

—No nos asustes, Brad.

—Eso digo yo —rezongó Iris.

—Está bien, sigamos adelante —dijo el pintor, reanudando la marcha, con la pistola de rayos firmemente empuñada.

Habían avanzado cuatro o cinco metros más, cuando, de repente, el techo se abrió y dos hombres-araña cayeron sobre ellos.

—¡Cuidado…! —chilló Paul Grayson, protegiendo a su mujer con su cuerpo.

Brad Stapleton había levantado velozmente el arma y ya estaba disparando, al tiempo que empujaba a Iris Vrady, haciéndola caer al suelo.

Uno de los hombres-araña resultó alcanzado por los rayos, que ahora no eran azulados ni brotaban en forma de guiones, sino rojizos y brillantes, casi cegadores.

El hombre-araña se tornó también rojizo y comenzó a desintegrarse.

El otro ser había caído sobre Paul Grayson, al que trataba de reducir, pero éste se defendía como una fiera.

—¡Stapleton…! —gritó Paul.

Brad desvió la pistola hacia el hombre-araña que luchaba con Paul, pero no se atrevió a disparar, por si los desintegraba a los dos.

Del otro, ya no quedaba ni rastro.

Se había desintegrado totalmente.

Brad optó por golpear al hombre-araña que aprisionaba a Paul con sus enormes patas verdosas.

—¡Suéltalo, maldito! —rugió, atizándole un tremendo patadón en el abdomen.

El hombre-araña soltó un bramido de dolor, pero no dejó su presa.

Stapleton se disponía a golpearle de nuevo, cuando Iris chilló:

—¡Arriba, Brad…!

El pintor miró hacia el techo.

Otros dos hombres-araña se estaban dejando caer ya sobre él.

Brad se arrojó al suelo con rapidez, para esquivarlos, y desde allí disparó sobre ellos.

Desintegró a uno, pero el otro consiguió alcanzarle con sus largas patas y el pintor no tuvo más remedio que aceptar la lucha cuerpo a cuerpo.

Una lucha en la que, lógicamente, llevaba las de perder, lo mismo que Paul Grayson, porque ocho patas eran muchas patas.

Era como luchar contra un pulpo.

Iris y Roxana hubieran querido ayudar a Brad y Paul, pero no sabían cómo hacerlo.

Por si faltaba algo, dos nuevos hombres-araña cayeron del abierto techo y atraparon a las mujeres terrestres.

Iris y Roxana chillaron como locas.

Paul, rabioso, le propinó un feroz cabezazo en el rostro al hombre-araña que lo sujetaba.

—¡Toma, bicho repugnante! ¡A ver si así me sueltas!

El horrible ser rugió de dolor, pero no aflojó la presión que sus patas ejercían sobre el cuerpo del terrestre, inmovilizándolo prácticamente.

Lo que sí hizo, fue empezar a segregar gas verdoso

por la parte posterior de su abdomen, cuyos efectos ya conocían Brad e Iris, por desgracia.

Los otros tres hombres-araña comenzaron a despedir también ese tipo de gas por el mismo sitio que su compañero, y muy pronto se formó una nube verdosa que envolvió totalmente a los cautivos terrestres y a los seres que los tenían atrapados.

Comenzaron las toses.

Los lagrimones.

La pérdida de fuerzas.

La desesperación...

Brad, Iris, Paul y Roxana sabían que estaban perdidos.

Su intento de fuga había fracasado.

Los hombres-araña los tenían nuevamente en su poder.

* * *

Cuando Brad Stapleton volvió en sí, se llevó la sorpresa más grande de su vida, pues esperaba encontrarse encerrado nuevamente en la sólida campana transparente o sujeto a una mesa de exploraciones clínicas, para ser examinado por Dysbos.

Ni lo uno ni lo otro.

¡Se encontraba en su casa!

¡En el salón!

¡Sentado en una butaca!

Lo primero que pensó, fue que lo había soñado todo.

Que no existían los hombres-araña.

Que no existía Dysbos.

Que no había nave extraterrestre alguna posada en el fondo de la bahía de Galveston...

Pero no.

Allí estaban Paul, Roxana e Iris para demostrar que todo aquello había sido una realidad, no un mal sueño. Paul estaba sentado en la otra butaca, con la cabeza doblada, inconsciente, mientras que Iris y Roxana ocupaban el sofá, igualmente inconscientes.

Otra prueba de que no había sido una horrorosa pesadilla, era el escozor que sentía todavía en los ojos y en las vías respiratorias, debido al maldito gas verdoso que despedían los hombres-araña cuando les convenía.

Por todo ello, Brad llegó a la conclusión de que Dysbos había comprendido su equivocación y los había dejado a los cuatro en libertad, antes de que volvieran en sí.

¿Influyó, tal vez, el hecho de que él no hubiera querido disparar sobre Dysbos, cuando le estaba apuntando con su propia pistola...?

Sea como fuere, el caso es que estaban libres, en casa, sanos y salvos, y Brad creyó volverse loco de contento. Se levantó de la butaca y procedió a reanimar a Iris, Paul y Roxana.

Ninguno de los tres podía dar crédito a sus ojos.

Brad iba a decirles lo que pensaba, cuando la pantalla mural de su televisor se encendió sola y apareció en ella la imagen de Dysbos.

El pintor, Iris y los Grayson se quedaron mudos, con los ojos clavados en la pantalla.

Dysbos habló:

—He cambiado de parecer, terrestres. No voy a llevaros a Funco.

Ni a vosotros, ni a ningún otro habitante de la Tierra. He comprendido que ésa no sería la solución del problema que tenemos los habitantes de Funco, porque vosotros, con toda seguridad, os convertiríais también en hombres-araña si yo os llevara a nuestro planeta. La causa de nuestra mutación está allí, en Funco, y allí debemos luchar por encontrarla y combatirla antes de que sea demasiado tarde para todos nosotros. Fue un error partir en busca de seres como nosotros, así que vamos a emprender ahora mismo el regreso a nuestro mundo. Perdonad los problemas que os hemos causado y comprended las razones que nos impulsaron a ello. Adiós, amigos.

La pantalla se apagó, desapareciendo la imagen del habitante de Funco. Una imagen que Brad, Iris, Paul y Roxana no volverían a ver jamás, porque el noble Dysbos estaba condenado a convertirse en un hombre-araña.

Y quizá lo fuese ya, cuando su nave llegase a Funco…

EPILOGO

En la casa de Brad Stapleton no quedaba ni rastro de los hombres-araña que el pintor liquidara con su escopeta, antes de ser capturado junto con Iris Vrady por los horribles seres.

Sin duda, debieron ser retirados por sus propios compañeros y llevados a la nave, para no dejar huella alguna de su estancia en la Tierra, a Funco, los Grayson pidieron a Brad que les permitiese pasar la noche en su casa, pues no deseaban volver a la suya hasta por la mañana.

El pintor no tuvo inconveniente, y los instaló en su estudio.

Iris, que tampoco quería volver a su casa, recordó:

—¿En el canapé del estudio no ibas a dormir tú, Brad...?

—Sí, pero no va a poder ser. Se lo he cedido a los Grayson.

—Y a mí me has cedido tu cama.

—Así és.

—¿Dónde vas a dormir tú, entonces...?

—Abajo, en el sofá del salón.

—No me parece justo.

—No me queda otro sitio, Iris.

—Verás, yo podría hacerte un hueco en tu cama, siempre y cuando tú me prometieras...

—¿No tocarte?

—O tocarme legalmente.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, en Funco te hubieras casado conmigo, ¿no?

—Sí, para que no fueses una madre soltera.

—Tampoco quiero serlo en la Tierra.

—Me parece muy bien.

—¿Qué significa eso, que te casarás conmigo o que no?

—Depende.

—¿De qué?

—De que sientas lo mismo por mí que yo por ti.

—¿Me quieres, Brad...?

—Sí.

—Yo a ti también, así que ya podemos irnos a la cama —sonrió Iris, y le besó en los labios.

Mientras le devolvía el beso, Brad la cogió en brazos y la llevó a su dormitorio, para encargar el primer bebé.

Y lo harían con la seguridad de que no sería un bebé-araña.

F I N

[1] Cada una de las dos piezas que los arácnidos llevan en la parte anterior o cefalotórax. ganchosas, lamelosas o terminadas en pinza y a veces con glándulas venenosas.